**PELDAÑOS DE LA VIDA**

**Y**

**OTRAS HISTORIAS**

Luis Martínez Cruz

*La vida tomándola tal como es, sin exageraciones ni engaños, no es tan mala como dicen algunos. Aunque, cada día voy creyendo más que, de lo que vale, de lo que es algo, no ha de quedar ni un solo átomo aquí.*

Gustavo Adolfo Bécquer

Dedico estos escritos a:

Mami, por soportarme nueve meses en la panza, y a Papi, eterno candil. E.P.D.

Taty, infinito hermano y padre segundo. Hubiese cambiado con gusto mi vida por la tuya, más no pudo ser. Dios……….

Mis hermanos todos, a Mayo primero, siempre loma arriba a cuestas con mi hermana María Isabel, así los quiero siempre, ah! y a la China para que no sienta celos. Lo de Mario Elvis “Mayuso” y familia, queda cariñosamente implícito entre líneas.

Caruchy, por ayudarme a fabricar al El Pelusa y a Cachy, por el mulato mestizaje de nuestro hijo Lazarito, resultante de aquella primera canción.

Angélica, inobjetable reina y bandida de mis bondades todas.

Rosy, ella sabe por qué y aunque me tilda de intenso, ella debe culpas. En resumidas cuentas, intenso soy, ¿Y qué?

Las familias Pi-Guzmán-Valenzuela-Aldaz y otros enganches. Sacrificado personal de la salud y maestros que cumplen misiones en el exterior.

Agradecimientos sinceros a:

Mis compañeros de trabajo y amistades, que saben de lo que estamos hablando, y a Luis Enrique, Kike al centro de ellas, enérgico viajero e inquisidor de mi intencionalidad.

Manolito Valdés Suárez y su equipo de restauración por haber tenido el valor de leerme, y por sacar de las tinieblas y dar luz, a nuestras colecciones con entrega insuperable después de veinte años de lobreguez. Y por qué no, a las Piqui-Largas, que sin objetar, nos acompañaron siempre con gracia sin par y alegrías muchas. ¡Qué buenas son las muy condenadas!

Galiano, amigo, escritor exquisito y editor único. Quien se las ingenia allá por Viñales, junto a Zoe y Alejandra. Envidiable team, Gracias Bro...

Juan Arsenio y familia por su aliento, apoyo siempre, prologar y por no dejarme pegado, a pesar de lo perezoso que parece. Perezoso tal vez, pero toda una empresa y magistratura.

Al laborioso equipo de trabajo de Ediciones Loynaz por su ayuda siempre.

Las muchachitas del Registro Civil de Consolación del Norte (Diany, Marilín, Yary, Carmen y Maideys su directora) por la amabilidad con que siempre nos reciben y la valiosa ayuda que nos dedican.

Al párroco colombiano Alex Mariano Delgado y las archiveras Sonia e Iliana, de la iglesia Nuestra Señora del Rosario, de la localidad.

Y no menos importantes por ser los últimos, a Mary la de Amada y su esposo Carlos, su hija Mary Carmen y a Robe el de Anny, polillas que se comieron la primera página y con ansias muchas, no cejaron empeños hasta masticar la última.

Los palmeros todos.

**Prólogo**

Más que en la historia, al menos del modo en que tradicionalmente esta se ha enfocado, es en la oralidad donde mejor queda registrada la memoria de los pueblos. Los dicharachos o refranes, los mitos, las leyendas son las formas más recurrentes a la hora de expresar el cúmulo de experiencia vital atesorada por el ser humano en su milenario andar por el planeta.

Tuve la dicha de haber vivido algunos años de mi vida en el oriente del país. Para no pecar de absoluto, diría, siendo conservador, que Vueltabajo es una región bendecida en la preservación de este valioso anecdotario popular, y La Palma, su mejor expresión. De esa savia se amamanta este texto, y lo hace valiéndose de un recurso principal: el balance entre el hecho histórico «retocado» y la metaficción.

Un insoslayable libro anterior *Mitología y tradición en la Vueltabajo*, de Armando Abreu Morales, amigo del prologuista y del autor, abrió el sendero, hizo un primer y muy acertado acercamiento a esta vertiente de la literatura testimonial en el territorio. En común tienen el uso del humor, la mofa, y la ironía rayando en el sarcasmo; así como el rescate de personajes icónicos del pueblo y hechos relevantes de la cotidianidad que, de lo contrario, correrían el riesgo de quedar sepultados en el olvido. A favor del que les propone Luis Martínez Cruz, está la innegable virtud de borrar las siempre reductoras fronteras del tiempo, de rebasar épocas pretéritas y adentrarse con valor, sin melindres, de un modo desenfadado, en esa modernidad que casi nos ata a lo que suelo llamar, en el mejor de los casos, el descoque de la era digital. Como en el buen humor, detrás de la aparente simplicidad cómica de lo contado, narrado o fabulado, se esconde en muchas ocasiones la honda preocupación del escritor por las connotaciones probables del hecho en sí mismo, por sus laceraciones emotivas o espirituales, trasmitiéndonos de facto su señal de alerta; esa que nos hace compartir en su interés por convertirnos en cómplices eficaces de su llamado de atención.

 El absurdo y la exageración constituyen, de igual manera, otros recursos literarios que se hacen presentes en la obra, y que le vienen bien. Ahora, tal vez sea su fluidez el mayor mérito que habría que aplaudirle al autor. Como es aceptado, el arte cumple varias funciones, y en no pocas oportunidades se ha menospreciado por los críticos su capacidad y poder para entretenernos, para sumergirnos, como es el caso, en una lectura que nos lleva aprisa de la mano de un capítulo a otro, consiguiendo que carcajeemos, riamos, nos sonriamos, hagamos una mueca de agrado o, por lo menos, no sucumbamos al bostezo; no acabemos revisando las páginas que aún nos faltan, en el anhelo, a veces inconsciente, de que llegue ¡por fin! el punto final. Peldaños de la vida… resulta, más allá de cumplir su función esencial en el rescate del patrimonio intangible, un texto que logra unir lo útil a lo agradable y, cuando esto sucede, lo debemos agradecer. Ojalá y el público lector coincida conmigo.

Juan Arsenio Sánchez Alonso

La Palma. Abril de 2018.

**Introducción**

Hace tiempo se agrupan en mi ya cincuentenaria reminiscencia, un raudal de ideas de las cuales tengo el designio de escribir, con la necesidad de ponerlas a la luz como referente y constancia de nuestro patrimonio histórico-social intangible, de las cuales la oralidad y algunos elementos gráficos documentales dan fe. Sucesos que por suerte, también perduran en la memoria histórica de la más longeva población de esta región.

Haber incursionado en temas históricos locales ha sido un hecho fortuito que me ha brindado la posibilidad de hurgar en temas pocos conocidos y abordar diferentes temáticas locales, desde la etapa colonial hasta nuestros días.

Los relatos y testimonios que a continuación ofrezco, son el resultado de la investigación, y tienen la intencionalidad de rescatar, conservar y promocionar el patrimonio intangible de nuestra localidad. Leyendas que han sido transmitidas de generación a generación y aunque tenues, aún perduran en el tiempo.

Estos acontecimientos guardan estrecha relación con el proceso de formación de este lugar, en correspondencia con el ajiaco étnico que dio origen al asentamiento poblacional de Consolación del Norte, el cual tuvo su centro migratorio gravitacional en España, sobre todo de las regiones de las Islas Canarias, Asturias, Galicia, y otras regiones de la península ibérica. Esta migración fue muy heterogénea, figuraron además: africanos, chinos, turcos, sirios, italianos, palestinos, puertorriqueños y venezolanos. Los últimos, en menor cuantía.

El origen del poblado de La Palma, en el Partido Judicial de Consolación del Norte, fluctúa entre los años 1848 al 1852, y en sus inicios la crianza del ganado constituyó la actividad económica fundamental.

Durante este período no existieron grandes plantaciones de caña o café, aun así los esclavos fueron la mano de obra de grandes haciendas, fincas, aunque sobresalían en el trabajo doméstico principalmente. Contribuyendo así, con el proceso de desarrollo y mestizaje en esta región.

En esta época el desarrollo de la industria azucarera en Cuba produjo un proceso inversionista que condujo a la aparición de nuevos centrales que, como infraestructura deberían tener tierras fértiles y llanas para el cultivo de la caña. Este inicial desarrollo azucarero tuvo su origen en la llanura sur y al oeste de La Habana y se extendió, además, por la llanura Habana – Matanzas.

El auge de la industria azucarera y el surgimiento de las grandes plantaciones de caña en el oeste de La Habana, provocó que muchas familias asentadas en aquella región, en su gran mayoría de origen canario, vendieran sus tierras y parcelas a grandes colonos azucareros y emigraran a Consolación del Norte buscando otras vías de subsistencia. Una vez establecidas formaron grandes familias y contribuyeron significativamente con el desarrollo agrícola, fundamentalmente en el cultivo del tabaco, el cual se convirtió en el segundo reglón económico de la región.

Los canarios eran trabajadores, sobrios, rutinarios, perseverantes, cuyas virtudes dieron carácter a la gran masa campesina de esta región, con influencias costumbristas, sociales y religiosas que aún perduran en los pobladores de esta región.

Estas leyendas que ofrezco, unas vividas y otras recogidas en la oralidad, han sido concebidas como historietas recreadas.

*Peldaños que no se ven*

*es mi sentir expresivo,*

*sobre el patrimonio vivo*

*que no se conoce bien.*

*Con intenciones también*

*de alcanzar lo no medible,*

*la tradición invisible*

*que archiva la oralidad,*

*de nuestra localidad*

*su patrimonio intangible.*

**Hello Paez y el caimán[[1]](#footnote-2)**

El embarcadero de Los Montañeses estaba situado en el estero de igual nombre, y constituyó el punto cardinal del proceso constructivo del Central Manuel Sanguily, otrora Niágara, en el actual municipio de La Palma, provincia de Pinar del Río. Este lugar fue escogido por la compañía Carmen Rita SA, para iniciar la construcción de la extinta industria azucarera.

En aquel estero se realizó un trabajo de dragado que posibilitó la entrada de embarcaciones de un considerable calado, y simultáneamente se construyó una línea férrea hasta el batey del central como vía principal para la transportación de mercancías y la nueva tecnología que venían desde La Habana y el exterior.

––En la Loma del Banco, próximo a Los Montañeses, construí mi casa y allá vivíamos felices mi esposa Saturnina y yo. De nuestro matrimonio nacieron ocho hijos. Mi familia fue prominente en todas las vertientes de la mecánica y constituimos un fuerte puntal en el accionar de aquella industria azucarera. Así era mi familia” –– me contó José, o El viejo Páez, como se le conocía.

––Como era típico, las viviendas fabricadas próximas a la costa, tenían el piso de tablas y sus basamentos estaban montados sobre altos pilotes metálicos para evitar el salitre, las mareas altas y las molestias de cangrejos, insectos y reptiles, los cuales constituían la fauna típica de aquellos inhóspitos parajes, así era mi casa. Después que han pasado tantos años, los viejos pobladores de aquella vecindad todavía recuerdan el trágico incidente relacionado con mi hijo Hello. Si mal no recuerdo, este hecho pudo haber ocurrido en la segunda mitad de la década del treinta del pasado siglo y figura entre los más recordados por esta región. Hello tendría tan solo 12 años y como a casi todos los muchachos de aquella barriada le gustaban los chapuzones en las aguas costeras de aquel estero, por cierto, muy poco contaminadas por aquel entonces ––testimonió emocionado, reviviendo el momento.

–– No se me olvidará jamás, aquella tarde de agosto cuando él y su hermano Tico, se chapuzaban en el estero y como obra de muchachos, apostaban por tocar el fondo tirándose desde la proa de uno de los yates allá fondeados. Hello inició la porfía y logró sacar un puñado de arena en su primer intento, y en son de victoria, levantó la mano para mostrárselo a Tico. Después nadó a la orilla para evaluar el intento de su oponente, pero sin saber de dónde, se le vino encima un inmenso caimán apresándolo por un brazo. Horrorizado por la escena, Tico corrió como una centella y fue a buscarme. Recuerdo que aquella tarde conversaba en el portal de la casona con Agustín del Collado, juez municipal por aquel entonces y amigo de la familia.

El muchacho llegó a nosotros con dos varas de lengua afuera y con el rostro tan blanco como la leche. Con el lenguaje entre cortado tan solo pudo decirme: ––“Papá, corre pronto, corre pronto papá, que un caimán se está comiendo a Hello” ––. Corrimos hasta la charca y sin pensarlo me lancé veloz sobre la bestia espinosa. El agua se tiñó de rojo. Entre forcejeo y sangre el caimán se empecinaba en llevarse al muchacho pa'la cueva y yo contrariaba subiéndolo a la superficie. En el momento justo, desenvainé un puñal que tenía prendido a la cintura y provoqué una herida en la mano derecha de la fiera. Seguí batallando, se me cayó el puñal pero las hostilidades persistían; no cejé empeños, y aprovechando el instinto del animal de abrir la boca para cobrar su presa, pude arrebatarle a mi hijo ensangrentado de sus dientes.

Sin perder tiempo llevamos a Hello con urgencia hasta la casa y después salimos pal Niágara en busca de asistencia. Y fue Portuondo, un enfermero con mucha preparación quien le dio los primeros auxilios. Más tarde y con premura, nos fuimos para La Habana donde le atendieron los mejores especialistas de la Covadonga.

De regreso a la casa, me contaron los vecinos que un rato después de aquel doloroso momento, vieron al caimán salir del mar y que por el rastro de la sangre llegó bufando hasta la casa donde aquel día le dimos refugio y protección a Hello y que el animal sin otra opción tuvo que regresar al pantano solo con su vida acuestas. Después del trágico incidente, jamás pude conciliar el sueño y aquel agosto se convertiría en una pesadilla y punto de partida de una persecución afanosa, por darle caza al caimán.

––Un año después –– continuó ––cuando casi nadie hablaba del incidente, llegó a mi casa Luz Rosales, un vecino y amigo de nuestra familia. En un puro temblor me contó, que había visto el caimán más grande de aquella comarca. Sin vacilaciones le eché mano a la escopeta de dos cañones calibre 16 que tenía guindá en uno de los horcones del cuarto y le pedí a Luz que me acompañara hasta el lugar.

Con los tristes recuerdos del incidente de mi hijo aún frescos en la memoria, dije en voz alta: “permita Dios que sea el caimán que mordió a Hello”, y continué diciendo: “Luz, cualquiera que sea, ese infeliz puede darse por muerto, pero escúchame bien, si el caimán que tú viste y que de hecho voy a matar, tiene una cicatriz en la mano derecha, es el degenerao que le invalidó el brazo a mi Hello, y al fin podré ajustarle las cuentas”.

Al llegar al soleadero donde reposaba con la boca abierta el inmenso reptil, me aproximé y efectué sendos disparos que cegaron su vida. Nos aproximamos para asegurarnos de la cicatriz que le provoqué con el puñal el día de la tragedia. En efecto, se trataba del caimán que había mordido a mi hijo, y le dije a Luz: “nadie se va de este mundo sin pagar lo que debe”, y con ensañamiento realicé una tercera descarga a la cabeza de la fiera. Con el infinito placer de haberme sacado la espina le dije al caimán: “y tú, no serás la excepción*”*.

Mi hijo fue atendido por los mejores médicos de La Habana y felizmente no fue necesario amputarle el brazo. Su impedimento no frenó las posibilidades de convertirse en un hombre de negocios. Fue propietario de una de las cinco gasolineras con las que contaba el poblado antes del cincuenta y nueve, donde además de gasolina Shell, se expedían gas licuado, lubricantes y accesorios para autos –– finalizó.

Esta mitológica historia ha trascendido en el tiempo gracias a la oralidad y perdura en la memoria de amigos y familiares más cercanos, quienes recuerdan al Viejo Páez, como uno de los hombres que han realizado grandes hazañas en esta región.

*Caso singular aquel*

*ocurrido en el estero,*

*donde no pudo aquel fiero*

*consumar su intento cruel.*

*Él padre apostó por él*

*con bizarría y afán,*

*y en el dime que te dirán*

*El Viejo arrestado y fijo,*

*pudo arrebatar su hijo*

*de la boca del caimán.*

**A Napoleón no lo mataron en La Palma[[2]](#footnote-3)**

Papi sí tuvo que pulirla cuando el machadato. Siempre hospedó en su mente los malos recuerdos y me contó de las vicisitudes sufridas por aquellos tiempos. ––Hijo, el gobierno de Machado[[3]](#footnote-4) (1925-1933) fue cruento y espantoso, el hambre se puso a darle con la pata ––me decía el viejo.

––Sin embargo, cuando el gobierno de Grau, la vida cogió otro paso, y no porque Grau haya nacido en La Palma. Para que tengas una idea, entre 1944 y 1948 la inmensa mayoría de la población de Cuba fue beneficiada por las reformas populares dictadas por su gabinete. Transformaciones que favorecieron a todos los estratos sociales.

Recuerdo que cuando el mandato de Grau, en el pueblo habían tres carnicerías: la de Víctor González (Víctor “El Isleño”), la de Melitón Abreu y la de los Noa. Otros matadores se legalizaban, más o menos, con el pedazo de carne que le daban a la Guardia Rural. De lo que sí estoy completamente seguro, es que en todas las carnicerías se vendía carne de res.

Los ricos comían carne de primera y nosotros, comíamos la de segunda, tercera y que incluía además, los recortes, que molidos, se vendían como picadillo, pero…¡qué clase de picadillo hijo! Y hasta los pocos perros que andaban por las calles, también cogían su parte ––

Según papi, las clasificaciones de las carnes eran en correspondencia con las diferentes partes del toro. Mas de aquellas, no podría dar detalles, ya que en mi vida he visto un toro matao.

––Mi primo Víctor “El isleño”, era dueño de una carnicería y propietario de Napoleón, un toro bermejo que sobrepasaba las mil libras. El animal fue entrenado para acarrear las reses desde las corraletas de Felipe Díaz en El Sitio, hasta el matadero. «No hay peor cuña, que la del mismo palo» –– aclaró mi padre.

––Napoleón había perdido un tarro en el duro bregar de las faenas que realizaba cotidianamente y por el que le quedaba le amadrinaban la res que acarreaba al sacrificio. Allá en el matadero Pillo *el matarife*, lo esperaba con la boca abierta para darle el puntillazo final. Por aquel entonces como parte de la promoción y venta, existía la tradición de exhibir la res por las calles del pueblo antes del sacrificio. Hacía su trabajo con empeño y maestría. Su fama sobrepasó la frontera local, y muchas personas de otros colindes venían a presenciar sus napoleónicas aptitudes. El animal era todo un espectáculo ––me contaba papi emocionado.

––Hijo, lo que no sabía el cebú, es que el día menos pensa'o, las cosas podrían cambiar. Despuntaba entonces en los potreros de ceba, un hermoso animal al que nombraron Guayacán, al cual pusieron bajo las enseñanzas de Napoleón para suplir su trabajo cuando fuera necesario. Con rapidez el novato ganó en experiencia y fue creando habilidades hasta poder realizar la faena por sí mismo –– me decía el viejo.

––Pero como el tiempo no perdona, con el paso de los años a Napoleón le llegó el fin de su largo historial de porteador. Entonces, tendría Guayacán que llevar a su maestro al puntillazo final. «No hay peor cuña que la del mismo palo» ––repitió papi.

––Todo se dispuso, la noticia viajó por la región. Monteros y ganaderos de la comarca, vinieron a presenciar el sacrificio. Dudaban que Guayacán pudiera acarrear a Napoleón. Aquel día los toros fueron amadrinados y para más dramatismo, el traslado duró toda una eternidad.

Un inmenso gentío esperaba el sacrificio del cebú en el matadero. Sin embargo, lo que a todos nos llamó la atención, era que el isleño Víctor no figuraba entre la muchedumbre allí reunida. A lo mejor le daba pena con los presentes, porque siempre aseguró públicamente, que por sus valiosos servicios, el nunca mataría a Napoleón.

Casi en el acto del sacrificio, una voz escandalizante que venía desde afuera enmudeció a los espectadores. El escaso murmullo que pudo haber quedado, se fue apagando hasta llegar al silencio total. Todos nos mirábamos, sin poder comprender las intenciones del que venía gritando.

El que llegaba era Víctor, quien a gritos decía: “detengan el sacrificio coño, no lo maten, no maten a mi Napoleón” ––y casi a empujones continuó gritando y apartando personas hasta que llegó frente al toro y acariciando su rostro le dijo: “Napoleón carajo, si no llego a tiempo te hubieran jodío to', perdóname coño, hubiera sido un mierda si dejo que Pillo te mate” –– y enjugándose las lágrimas se viró para nosotros y con la jerga isleña que le caracterizaba dijo: “y ustedes que esperan coño, partía de pendejos, lárguense de aquí pal'carajo mal agradecidos” ––y aseveró: “es que acaso no agradecen el hambre que este animalito le mató durante tantos años”. ––

––Concluida su arenga, Víctor pidió a los monteros que llevaran a Napoleón de regreso para las corraletas de El Sitio, que le pusieran abundante agua fresca y comida, y que al amanecer, después de haber descansado toda la noche, lo llevaran para los potreros de El Caimito, que eran los que mejores pastizales tenían. Y concluyó diciendo: “Es digno que Napoleón tenga una muerte natural como Dios manda”. ––

Hoy tan solo queda en el recuerdo de los más viejos pobladores de estos parajes, la historia de Napoleón como una clásica leyenda regional, y aunque se conoce por la voluntad del dueño confesa aquel día, constituye un enigma cuando el toro se murió.

*Napoleón cómo ha cambiado*

*la vida en esta región,*

*sin Víctor, sin Napoleón*

*ahora es otro este poblado.*

*Sin embargo, no han llevado*

*nunca más al matadero,*

*un toro de cebadero*

*¡como extrañamos a Pillo!,*

*y aquel rico picadillo*

*que comía el pueblo entero.*

**Triple alianza y alguien más**

Los noventa fue una década del carajo pa'lante y no tuvo nada que ver con las prodigiosas décadas de los sesentas y setentas. Y aunque osaron en llamarle “Período Especial”, de lo último no tenía un pelo. Tuve que arañar, saqué candela del fango y asumí tantos planes, como grafemas tiene el alfabeto mismo.

En la década anterior, llegué a jugar balompié con latas de troncho y sardina, y ni qué decir de carne rusa, esa sí que era la reina de las latas. De la noche a la mañana se me vino encima la miseria misma con cuello y corbata. Se cayó el comunismo en Eurasia, y la soviética teta de la que chupaba, se me hizo estéril. No pudo ser peor, los copiosos mercados surtidos con la más diversos productos provenientes del CAME[[4]](#footnote-5) y la extinta Unión Soviética, desaparecieron como Matías Pérez. ¡Qué hijo e' putas son los americanos¡ a mí que no me jodan coño, estoy seguro que detrás de esta patraña, está la mano enemiga del Imperialismo yankee.

Sin embargo, fui creativo y diversifiqué mi dieta. Sustituí el ajo común por ajo porro, le metí mano a los gatos, majases y tiñosas todos muy ricos en proteínas. Apliqué además, el viejo adagio de que: «todo lo que camina y vuela, pa'la cazuela».

En aquel entonces, Charles Félix y yo, éramos maestros en la ESBU de La Palma, siempre fuimos buenos amigos y no fueron pocas veces que nos juntamos con la sana intención de tomarnos algunos tragos y hablar un poco de mierda, que es lo único que se habla en cada borrachera.

Aunque muchos se sienten escépticos al conocer de esta eventualidad, yo fui protagonista y fiel testigo del banquete de la tiñosa. Pudieran preguntarle por la WiFi a Charles Pi, que está vivito y coleando allá por La Florida. Un buen día, el muy cabrón cogió una cigarreta y nos la dejó en la mano. Hasta donde sé, no simpatizaba con el sistema, a eso siempre le llamaron tener problemas ideológicos. Claro, a su padre le habían quitado la tabaquería Mi Bandera, de su propiedad y lo metieron preso. ¡Imagínese usted!

Preguntarle a Félix sería por gusto. El muy pendejo sin contar con nadie, se murió allá por San Vicente (Viñales). Dicen, que de un infarto, se especula además, que los médicos mandaron muestras de los tejidos de sus vísceras para La Habana, sospechando que su muerte había sido provocada por una bacteria que portan las auras tiñosas. De todas formas, cualquiera que haya sido la causa, no deja de ser una tremenda mierda lo que Félix “el físico” nos hizo.

Recuerdo que aquella tarde engrasaba un fusil “Verno 2”, que le había regalado el coronel Tamayo a Pello, un primo mío, allá en el portal de la casa de mami en “El Pantano”, barrio donde yo nací. Finalizado el mantenimiento, levanté el fusil en ademán de colimar a la distancia, cuando vi una tiñosa posada en un cedro sin hojas en la vega contigua, propiedad de los Molina. Escogió el lugar equivocado, de niño donde ponía el ojo directivo, siempre ponía la bala.

Coloqué un proyectil en el directo y ¡*pum!*, la negra prieta se vino abajo como una exhalación rastrallándose contra el suelo. En el acto me hice la idea que podía tener el final aquella película. Fui a la escena del crimen y metí la tiñosa en un saco y partí para casa de Pi. Olvidé decir, que Charles Pi y yo en tono afectivo, siempre nos llamamos por los apellidos.

Llegue y entré sin tocar la puerta, no hacía falta, la morada de Charles siempre fue como la mía, área de nuestras borracheras. Primera escena: Fe, su santa madre, sentada en la sala. Me quería muchísimo, pero tenía recelos de mí, sabía de la pata que yo cojeaba. Continué con la prueba en la mano. Me examinó de arriba abajo con desconfianza por la parte superior de los espejuelos y le hizo un rayo X al saco. Le pregunté por Pi, me dijo que estaba por el patio. Conociéndola yo, continué, evitando el diálogo, pero fue imposible. El tarrallazo no se hizo esperar. ––¿Qué traes de bueno Luis ? ––y acotó ––digo, de malo, porque ustedes son un par de carroñeros, lo mismo se comen un gato, que un majá, no lo supiera yo ––aseveró. Pero me hice el sordo y le di curvas hasta llegar al fondo de la casa.

El futuro plan sería idea de Pi, brillante en el arte de ingeniarse ideas grotescas. Además de políglota, conocedor de todo y culto hasta más no poder, es un clásico hijo de puta, uno de nuestros puntos en común, entre otros tantos.

­­Abrí el saco y le mostré el fenómeno prieto, fuimos hasta el tronco de la mata de mamey donde le quitamos el piyamita, siempre con la precaución de no dejar evidencias que nos incriminara. Sin titubear y con una carcajada a boca abierta me dijo: ––estamos llegando a la casa de Félix ––.

Le echamos mano al TS que Pi tenía y salimos a la captura de Félix. No tendríamos que esforzarnos mucho. Después de las cinco de la tarde, podías tenderle una trampa de lazo en el barquito de Abraham, o en el Oasis, sus posibles tragaderos.

Sin suerte en el primer intento, seguimos para el Oasis, allí le encontramos. Me sugirió Pi, que no llegara hasta la barra con el saco embarra'o de sangre para evitar sospechas. Y fue él a su encuentro. No tardaron mucho en regresar.

Yo no tenía ni la menor idea de lo que Pi le habría dicho para hacerlo cómplice de la macabra idea. Frente a mí y sin pensarlo Pi me arrebató el saco, le abrió la boca y le dijo:

––mira caballo, que clase ejemplar, nada más y nada menos que el gavilán de Jesús el de Lucas, y jefe del puesto de la policía ––y continuó diciendo ––hermano, lamentablemente Luis tuvo una trifuca con Jesús, y en venganza le mató el gavilán que tenía de mascota en el patio de su casa ––y dijo más ––yo sé que se le fue la mano, porque en fin de cuentas el pobre animalito no debía culpas, pero bueno *brother*, el daño está consumado y nos hace falta un buen cocinero y el tipo eres tú. Por eso estamos aquí de cuerpos presentes con el gavilán y prueba del delito en la mano, esperando tu respuesta ––.

Con desconfianza Félix metió la mano en el saco, extrajo la víctima, la puso frente a sí, y examinándola de pescuezo a perilla, afirmó categóricamente: ––tiñosa no parece ––. En el acto, Charles me guiñó un ojo, en ademán de que el pez había mordido el anzuelo. Y “Lele”, como le decíamos cariñosamente acotó: ––vamos a pedirle a Dios, que Jesús el policía no lo sepa, porque si uno de sus chivatos se entera y se le va la lengua, no nos van hacer ni juicio ni Día y Noche, eso va a ser directico al palo 'e Guanito ––.

Habilidoso siempre, Charles le puso la mano en el hombro y tiró veinte pesos pa'lante pa' hacer la vaquita. Lo reunido allí malamente alcanzó para comprarnos una botellita de Ronda per cápita y algunas cajitas de cigarros para el futuro festín.

Ya en su casa, Lele se encargaría del resto. Era un experto en la cocina. Mientras preparaba el andamiaje culinario de especias y sazones, Charles y yo le echamos mano a una vieja grabadora Sanyo de casetes, las de aquel entonces, y entre tragos y humo nos acomodamos a escuchar a Contreras, Vallejo y Feliciano, música designada para amenizar nuestras borracheras.

Media hora de fuego no fue suficiente, el gavilán de Félix y la tiñosa de nosotros estaba más dura que un rail de línea. Frente a la meseta dijo algo refunfuñando, que apenas pude comprender, mas no le di importancia. Lele siguió pinchando con uno de aquellos tenedores grandes de tres pinchos y de cabo prieto de plástico, que colgaban en la pared del fondo de la cocina. Insistía en su afán, pero ni atrás ni alante.

De repente se viró para nosotros y dijo:

––este gavilán está más duro que las piedras calizas del Colmillo de la Vieja[[5]](#footnote-6)––.

Con la sapiencia de siempre, Pi se levantó, le llevó un trago y lo hizo venir hasta la mesa desviándolo de todo tipo de preocupación y le dijo: ––tranquilo viejo, no te preocupes que, cuando la candela es brava no vale carapacho duro ––aseveró, y trató de engatusarlo diciéndole que había leído un artículo científico que hacía referencia a las duras carnes que tenían las aves planeadoras.

Una vez concluida la explicación de Charles, Félix se persignó y dijo:

––yo pienso que hubiera sido mejor ablandar una de esas avionetas rusas que traen el periódico, que al gavilán de Jesús ––.

Tenías que mearte de la risa cuando Lele abría la boca. Era un verdadero aparato de hacer reír.

Ya por la parte baja del cuarto inning, se sumaba otro gran amigo al banquete. El que llegaba era Riguito, vecino de Pi y amigo nuestro. Embarajarle hubiera sido una mierda pues traía una botellita en la mano. Tenía un olfato para el ron, que donde quiera que se abría una botella de lo que fuera, siempre llegaba con la mejor disposición. Muchas veces sin, y las menos con. Era bueno hasta el hueso y lo queríamos bien, pero el muy condena'o nos hizo la mismítica mierda que Félix. Sí, porque cuando nadie se lo imaginaba y sin contar con nadie, cogió y se murió allá por Pinar del Río. Su muerte al igual que la de Félix, está en dudas por las mismíticas razones.

Entre jolgorios y tragos transcurrieron casi dos horas. Ya con el “gavi-ñosa” blando, asumimos con titubeos nuestra primeriza experiencia. Olía bien la muy condená, reitero, Lele era un bárbaro frente al fogón. Otro guiño de ojos de Charles no se hacía esperar, me incitaba a meterle el diente para no levantar sospechas. Haciendo de tripas corazones, le fui arriba a la tiñosa que en honor a la verdad, estaba tan gustosa, que por poco no tocamos ni a pedacito.

Casi a la hora de recoger los guantes, cuando solo quedaba el pescuezo en la fuente, Lele se estiró como un garzón: ––a mí no me jode nadie, este pescuecito es mío, pa' eso fui el que más se jodió dándole candela a este bicho, y que dicen ustedes que es el gavilán de Jesús ––. Chupándose aquel morrillo y con la boca embarrá de aquella salsa prietusca levantó la vista y nos dijo:

––amigos míos, venga gavilán, ya solo me falta por comer tiñosa y perro

Charles movió el cuello de izquierda a derecha y le respondió:

––tú querrás decir que tan solo te falta por comer, gavilán y perro

Con elocuencia y su inconfundible tono de voz,“el físico” le replicó:

–– ¿qué tú me estás insinuando Charles Pi?

––no chico, no estoy insinuando, te estoy asegurando que acabamos de comernos una tiñosa hermano

Sin poderse contener Félix le apuntó con el índice en tono amenazador y añadió:

––Charles Pi, si esto es tiñosa yo te mato

––Sería una injusticia, tendrás que matar a Luis, que fue el de la idea ––

Ya en tragos Félix continuó diciendo:

––si lo que me dicen es verdad, que el Pedagógico se olvide de mí mañana. Cuando me levante me hago una flecha con una cámara de la «*Verjovina*», y a cazar tiñosas pa'la torre de Radio Guamá ––.Y fueron tantas las ocurrencias y dicharachos que Félix dijo, que no recuerdo momento en que yo me haya reído tanto.

Tristemente Félix y Riguito ya no están entre nosotros, y sus muertes continúan sobre ascuas, porque los resultados de las muestras que deben venir desde La Habana, en La Habana están. Charles anda allá por el norte y estará vivo hasta que Dios lo quiera, y yo, aunque en un puro temblor por eso de las bacterias que dicen tener las tiñosas, estoy sentado en el portal de la casa de mami, engrasando el fusil, para ver si se posa otra tiñosita, de todas formas, de algo hay que morirse y uno se muere solamente una vez.

*Honro con esta escritura*

*a dos amigos del alma,*

*que en el pueblo de La Palma*

*compartieron mi aventura.*

*Aunque allá en la sepultura*

*sus cadáveres reposan,*

*Charles y su familia gozan*

*allá por el extranjero,*

*y yo aquí apuntando espero*

*para ver si otras se posan.*

**Antoñica tenía pacto con el más allá**

Como muchos matrimonios de españoles emigrados a Cuba en tiempo de la colonización y conquista, Antonio y Antonia (Antoñica) los abuelos de papi, vinieron en busca de fortuna desde las lejanas Islas Canarias.

––Hijo, la juventud de hoy se queja por todo. Pero, no pienses que antes la vida era tan fácil como algunos la pintan. Escucha, fue trabajando como un animal que mi abuelo Antonio logró convertirse en propietario de cuatro o cinco caballerías de tierras en la región noreste del poblado. En aquellas fincas nuestro robusto tronco canario echó raíces, como la vieja arboleda que aún perdura al fondo de la antigua casona donde yo retozaba cuando era un muchacho ––me contaba papi.

Dice el viejo proverbio que*, «*en cada familia encontrarás de todo, como en la viña del señor». Para sorpresa mía, abuela era curandera, y por sus poderes “oscuránticos” llegó a convertirse en toda una celebridad de la región. Lo de mi sorpresa estriba en que, de pequeño siempre asocié la “curandería” con las raíces africanas, que en el buen cubano quiere decir, obra de los del “pellejito prieto”.

Mamá siempre me decía que la vieja tenía un pacto con el más allá, cosas en las que hoy pocos creen, pero casi todos profesan. En los tiempos de mi abuela, había solo un médico en el pueblo y no existían tantos prejuicios sobre el oscurantismo como en la actualidad. Sin otra alternativa, hasta los más pudientes tenían que echarle manos a mi abuela en esos menesteres. Unos para curarse un mal de ojos, dicipela o culebrilla, otras para tratar de amarrar al infiel marido que se había largado con una de las maromeras del circo Montalvo. Eso sí, Antoñica no se prestaba para hacer el mal.

Sus rezos curaban el mal de ojos, las culebrillas, los orzuelos, sacaba el sol, y hacía partos además. San Antonio de Padua, era su santo patrón; pero el dinero no constituía el pago de sus curaciones, sino la retribución de ofrendas en forma de réplicas confeccionada en metal.

––Mi abuela se hizo tan popular, que la vecindad llegó a consultarse con ella, más que con Catarcio Figueroa, el médico del pueblo por aquel entonces. ¡Que es mucho decir! ––exclamó mi padre.

––Pero no te creas, hijo, que todas las anécdotas relacionadas con abuela fueron color de rosa. Un día Agustín del Collado, dueño de la primera farmacia fundada en el pueblo en 1894 “San Antolín”, se había quedado paralítico de un golpe en la cabeza, al tirarse a un río crecido, para salvar a su esposa. Mamá siempre me decía que fue cuando el ciclón del 26. Y desde aquel entonces, Agustín tuvo que admitir la pesadilla de permanecer atado a una silla de ruedas.

Desahuciado por la ciencia médica, a Agustín no le quedó más remedio que echarle el guante a los servicios de abuela. Y fue con rezos, yerbas, cataplasmas y fricciones que el viejo comenzó a mejorar. Demostraba el hecho, que Antoñica tenía su cosa o un pacto con el más allá; pero como los ricos son prepotentes desde la cuna, Agustín con su insolencias echó por tierra los progresos alcanzados.

Y me contaba mamá que un día, el viejo rico recibió en su casa-farmacia a uno de sus amigotes que vivía allá por La Habana. El visitante admirado por el notable progreso de Agustín le preguntó cómo lo había logrado y con qué nuevo médico se estaba tratando. Agustín le contestó como quien piensa, tener a Dios cogido por las barbas: ––esta mejoría es obra de la vieja bruja y loca de Antoñica, la isleña ––.

Ni por la mente le pasó al ricachón, que su confesión le había puesto, la soga al cuello. Antoñica no contaba con maldicientes en el pueblo y de seguro, algunos de los allí presentes, le llevaría razones de lo dicho aquel día. Como te cuento hijo, la noticia llegó a su casa, en la Loma del glorioso, como llegan las malas noticias, volando. ¡Me hubiese gustado haber presenciado el show!

La isleña se remangó el delantal y como loca se mandó a correr por toda la loma y con gritos infernales se trepó en unas de las piedras bolas que avizoran el pueblo desde lo alto.

Con sus delgadas manos hizo nueve cruces al cielo, y con todas las fuerzas de su alma gritó: ––Agustííííín, isleña y vieja soy a mucha honra, pero bruja y loca no. Usted ya terminó conmigo Agustín ––

Y concluyó diciendo:

––Puedes guardar los zapatos abajo'e la cama, porque si de mí depende, ya caminantes lo mucho y lo poco ––.

Era comprensible el malestar que sintió nuestra humilde abuela, que con tanta generosidad atendía las aflicciones de todos, sin exclusión alguna. Cada cual tiene su orgullo hijo, en su lugar, yo hubiera hecho lo mismo. Soy de los que piensa que hacer el bien, que era lo que abuela hacía, cuesta menos trabajo que hacer el mal. Algo te digo, nunca olvides esta lección: «el que mal empieza, mal acaba».

Y aunque Agustín aclamó en súplicas y perdones, la isleña no tenía marcha atrás. Y por su insolencia, el viejo tuvo que pegarle el culo a la silla por el resto de su vida.

Recuerdo con triste pesar lo relacionado con el parto que mi abuela le hizo a mi tía Amada, su hija. Quién iba a imaginar hijo, que abuela después de realizar tantos alumbramientos, tuviera que enfrentarse, al parto más negro de su vida en tan largo historial como partera. Como te cuento, en un abrir y cerrar de ojos, el destino le puso un dramático final a estos menesteres.

Después de nueves meses de embarazo, y como Dios manda, le llegó la hora de partear a su hija María Amada, o simplemente Amada como se le conocía a la hermana de mamá. Rezos, forcejeo y esfuerzos estuvieron de principio a fin a la hora del parto en aquella mañana, pero abuela no cejó empeño hasta que la hermosa niña a quien le pusieron por nombre Eloína, dio el primer grito.

Por las secuelas del parto, la niña vivió tan solo dieciocho meses. Amada tampoco pudo reestablecerse de aquello y murió a causa de una infección puerperal dos años después. Lamentablemente en un escaso intervalo de tres años y medio, abuela perdió una hija y a la nieta. Fue a partir de aquel entonces que Juanita, la otra hija de Amada se quedó huérfana y mamá la trajo a vivir con nosotros convirtiéndose en mi hermana de crianza.

Abuela tampoco pudo sobrepasar tanta tristeza y se volvió como loca, perdiendo de a poco su sano juicio y con él sus santos poderes curativos ya no fueron nunca más. Falleció relativamente joven, un año después que Amada y aún trascurridos tantos años, los más viejos pobladores del pueblo le recuerdan agradecidos por sus santas obras de caridad espiritual.

Aún perduran en el pueblo por obra divina, o quizás por mera tradición, los hacedores de la buena voluntad, que como herederos de Antoñica continúan haciendo el bien. Sin pretender desacreditar la ciencia médica, ¡que Dios me libre!

Todavía en mucho de los casos para los cuales la medicina no tiene respuesta, los galenos del pueblo con mucho disimulo, te meten la boca en la oreja y te remiten en voz baja a casa de Sobeida, Kenco, Verena o Joaquina a curarte un empacho, un mal de ojos o una culebrilla.

En la actualidad, como todo un orgullo familiar y local poseo en estos menesteres, a la súper buenísima Joaquina, mi prima y bisnieta al igual que yo de la vieja Antoñica. Ella tal vez heredó las aptitudes “oscuránticas” de la isleña Antoñica, para bien de todos.

Mi prima Joaquina, como persona es un primor y como curadora de los males de mi linda Angélica, ni que decir. En pocas palabras, Joaquina es una bendición de Dios, o una santa tal vez. Siempre que le llevo la niña en brazos aquejada por sus males estomacales o quién sabe si por un ojazo, solo basta que Joaquina le tire el ojo y como de la noche al día, mi Angélica se transforma. Es como quitar una y poner otra, hasta llegar a salir corriendo por la puerta de su casa.

En lo particular he asistido con la cabeza alta y sin complejos a los *curanderos* mencionados. Por mí tal vez no lo haría, lo he hecho siempre por mi Angélica María. Mira qué carajo, por la salud de mi nena, habría de hacer lo imposible.

*Ante los ojos de abuela*

*no vivió una culebrilla,*

*ni mal de ojos, ni chinchilla*

*el daño o la disipela.*

*Siempre curó la secuela*

*sin reproche ni objeciones,*

*y no rechazó aflicciones*

*excepto la de Agustín,*

*condenando al viejo ruin*

*a los perpetuos sillones.*

**El Guengo Cruz**

Aunque pueda resultarle una mala palabra y desde el punto de vista semántico la palabra *Guengo* no le diga nada, este era el sobrenombre por el cual se le llamó al terrateniente Don Antonio de la Cruz Reyes, mi tatarabuelo.

Don Guengo, fue uno de los principales hacendados, con 265 caballerías, en Consolación del Norte durante el siglo XIX,[[6]](#footnote-7) y entre la vasta descendencia de su rica familia, que por infortunio fue la mía, figuraron personalidades con notable trascendencia histórica local y un tanto más allá.

Faustina Fuentes Cruz, su sobrina, fue la mujer que le dio la cara a Maceo en La Ceja, cuando la invasión. Sus sobrinos José, Pedro, Rafael y Ricardo, fueron indistintamente alcaldes en esta localidad y qué decir de su nieto José Antonio Cruz, que además de figurar como el palmero de mayor rango militar en el Ejército Libertador (comandante), fue alcalde cuando la etapa republicana (1926-1930).

Como ven, dinero llama dinero, símbolo de poder y fama, pero el que a mí me tocaba por herencia familiar, ese sí que fue a parar a los bolsillos de aquellos politicones. Ellos muy alcaldes y muy ilustres, y yo sigo aquí de comemierda, en las calles de La Palma sin un kilo en el bolsillo, y yo sí que no le puedo echar las culpas al bloqueo.

Allá por mil ochocientos, no había cultura de ahorro en los bancos y la gente solía enterrar sus fortunas, convirtiéndose el sustrato del suelo en las cajas fuertes de los ricachones. El Guengo no fue la excepción, y aunque constituye un enigma dónde pudiera estar enterrado su caudal en oro, yo sigo despata'o buscándolo por doquier.

Y cuenta la oralidad, que un día con mucha discreción, el Guengo empacó su dinero en oro en el cuero de una res, y salió para la manigua pensando que no lo habían visto. Pero su hija, Paulina, por accidente, sí lo vio y lo siguió. Pero en realidad, el secreto de donde el Guengo pudo haberlo enterrado, se lo llevó consigo hasta la tumba aquel cuando fallece a la edad de 87 años.

El secreto de dónde estaba enterrado el tesoro de su padre, lo guardó celosamente durante nueve años, hasta que aquel 19 de mayo de 1888 se lo confesó a su novio Víctor Domingo de San Pedrano, en su lecho de muerte. De nada sirvió la confesión, su enamorado no pudo, ni siquiera buscarlo, porque murió reconcentrado cuando lo de Weyler.

Hasta el sol de hoy, hemos escudriña'o palmo a palmo toda aquella región en busca de las morocotas en la finca de El Caimito, lugar donde residía el Guengo por aquel entonces. Como la esperanza es lo último que se pierde, he lanzado mil plegarias al cielo por la aparición del Guengo. Y aunque resulte inescrupuloso, me importaría un pito el sacrificio de alguien. Sí, porque “El Mulato”, espiritista del Niágara me dijo una vez, que para poder sacar la mina, el espíritu del muerto te exige el sacrificio de alguien. Recuerdo además, que hace poco escuché las mismíticas palabras de las bocas de El Capirro y de Papito el de Maira, que también son entendidos en el tema. Valdría la pena el mayor de los sacrificios.

Muchas veces me he dicho en silencio: “si llegada la revelación del Guengo, me condiciona con el sacrificio de alguien, sin pensarlo dos veces, le echo el guante a la suegra y al pico y me voy a sacar la botija. De todas formas, ni la alpargata es zapato, ni la suegra es familia. En todo caso, sacrificar a la suegra, sería saldar una deuda con la humanidad”.

*Abuelo tú me dejaste*

*en la calle y sin llavín,*

*porque a tu yerno Antolín*

*la fortuna le entregaste.*

*Pienso que no respetaste*

*mi derecho considero,*

*es por eso que ahora quiero*

*en justa reclamación,*

*recibir tu aparición*

*pa que me des el dinero.*

**Isleño de pura cepa**

En mi ancestral familia, el valor estuvo presente por todos los costados. Muchos fueron los descendientes de mi madre, reconocidos como patriotas a favor de la causa mambisa. Contrariamente, el linaje de mi padre se destacó a favor de la causa española. Y, ¿qué otra cosa podrían hacer, si eran españoles?, más que españoles, isleños brutos como animales, y los mambises que atacaron el pueblo, aquel 29 de marzo de 1896, lo pudieron comprobar.

Papi siempre me contaba que Fausto Dorta, su tío, era un tronco de isleño que no cabía por la puerta, que impresionaba por el decir y que no conocía el miedo. Yo, en cambio soy un viejo flaco y pendejo, resultado de un híbrido genético-histórico, mitad mambí y mitad español.

Si tuviera que exclamar a favor de ambas naciones tendría que decir:“¡Que vivan Cuba y España Libres!” En honor a la verdad, me hubiese gustado mejor decir: ¡Que viva Inglaterra!, lo que pasa es que los ingleses se acorbadaron cuando la toma de La Habana en 1762 y le cogieron miedo al capitán de navío Luis de Velasco y a Pepe Antonio (José Antonio Gómez) y se largaron pal'carajo.

El ataque de Maceo aquella noche de marzo del 96, fue el momento señalado para que Fausto, que era miembro del Cuerpo de Voluntarios, hiciera derroche de su valor. Dicen que el isleño se fajó de tú a tú contra el mambisado cubano y que en unión de los demás pobladores mostraron aptitudes espartanas en la defensa del pueblo, según las *Crónicas de la Guerra* de José Miró Argenter.

Y cuenta la oralidad que al amanecer del treinta, después de la masacre, Fausto en compañía de otro español nombrado Francisco Diañez, alias Pancho, trasladaron los muertos en una carreta de bueyes hasta el cementerio local situado en la parte noroeste del poblado. A voluntad del cura Nicolás González, fueron sepultados en una zanja común, de un lateral y fuera del área de la necrópolis colonial, los treinta y un mambises que cayeron aquella noche.

Tío, pasado más de cien años, reina la inconformidad sobre aquella masacre. La gente especula que ustedes fueron demasiado broncos con los mambises. Otros, no aceptan la derrota de Maceo, ni mostrándoles las crónicas de Miró. Además, existe escepticismo sobre el hecho. Entiendo que la gente piense así, porque Maceo ganaba más combates que los que perdía, por lo que resulta difícil admitir lo de su derrota.

Ya que usted vivió la epopeya, y si no es mucho pedirle, me gustaría escuchar de su boca lo ocurrido aquella noche del asalto.

––Mira sobrino, a los canarios siempre se nos ha recriminado por lo brutos que somos, pero eso no deshonra. Te contaré a camisa quitá, como decimos los isleños, ya que la sinceridad siempre nos ha caracterizado. De pequeño escuché decir además, que las peleas son contadas por los que ganan. Eso no es verdad, de lo contrario Miró no hubiera dicho que perdieron el combate aquella noche. Miró fue honorable al reconocer su derrota pero, ¿qué remedio no le quedaba? perdieron y punto, el sol no se puede tapar con un dedo.

En lo que no estoy de acuerdo con Miró, es que aquí peleamos los españoles del pueblo. Eso no es verdad, aquí se batieron los canarios, asturianos, vascos, negros, cubanos, y hasta Don Nicolás González, el cura del pueblo, quien peleó como un león.

Si obramos bien o mal, habría que verlo, porque lo que para unos es bueno, para otros es lo contrario. Creo que hicimos lo que debíamos. En aquel entonces éramos pobres y trabajábamos como animales, pero nuestra vida transcurría tranquila y pacífica. Había familiaridad y unidad entre la población y eso nos hacía felices.

Unos meses antes, por enero de ese mismo año, Maceo y su tropa nos habían amenazado. Cerca de La Ceja plantó su campamento, los ricos del pueblo le dieron dinero para que no atacara y según se dice, le dieron un cheque falso. Si lo engañaron, fue culpa de los ricos, nosotros los pobres no teníamos ni donde caernos muertos, y mucho menos, dinero que darle a Maceo y su tropa.

El viejo siempre me decía, que a los hombres machos no se les está amenazando mucho. Nos preparamos para defender lo nuestro, que no era la tierra donde nacimos, pero aquí teníamos lo más importante, nuestras familias. Aquí vivíamos en paz y fueron ellos los que plantearon el pleito. Así de simple, Maceo nos sirvió la mesa, y como a los isleños no nos gustan los desaires, nosotros nos sentamos a comer.

Para concluir, la vida es una sola y lo que pasó, pasó sobrino, pero te digo más, si la historia se volviera a repetir, salgo de la tumba, cojo el machete y me vuelvo a fajar con Maceo. Dime tú, ¿Qué hubieras hecho en mi lugar? ––.

No te olvides tío, que por mis venas también corre sangre canaria. Agradezco tu franqueza, y a su pregunta respondería sin meditar, que hubiera defendido mi familia a capa y espada igualito que usted, a fin de cuentas, nadie tiene el derecho de destruir lo ajeno.

*Tío Fausto y su decoro*

*a Maceo le hizo mella,*

*en renombrada epopeya*

*referencias que atesoro.*

*Según Miró, yo valoro*

*sobre el mambisado cuita,*

*que escuchó la cornetita*

*que anunció la retirada*

*y Maceo dio por tomada*

*agua de la jicarita.*

**Ni chino, ni can can**

Si llegas a La Playa de Verracos y preguntas por Teodoro Rivera, muy pocos podrían responderle y la inmensa mayoría, sin saber qué decir, quedaría con la boca abierta. Sin embargo, si preguntas por “el Chino can can”, todos sabrán decirle al respecto y hasta contarle incluso, una de las tantas anécdotas que giran sobre su persona. Teodoro Rivera González, o “el Chino can can” como se le conocía, fue uno de los más prominentes ganaderos de esta región cuando la República.

El sobrenombre de “el Chino” aunque continua siendo un enigma, pudiera estar relacionado con sus rasgos asiáticos, pero lo de “can can” tiene su historia. Me contó un familiar muy allegado a Teodoro, que un día llegó a la casa de una de las hermanas del chino, un señor de la familia Martín y se la encontró sentada en el portal cociendo una capita que usaban las mujeres en aquella época, para ponerse en la espalda y que les cubría los hombros y el pecho.

Agotado el tema de conversación el visitante en tono chancero le hizo la siguiente confesión: ––No quisiera ofenderte, pero de niño escuché decir, que a tu abuela para vivir con ella, solamente había que tocarle dos veces en la puerta del fondo. ––Y al mismo tiempo realizaba dos toques (can, can) en el fondo del taburete donde estaba sentado recostado a uno de los horcones del inmenso portal de la vieja y típica casona campestre.

Aquella señora ocupada en los típicos menesteres de la época, no podía ni imaginar que el visitante sobrepasaría los límites, y sin otra opción le respondió, mirando fijamente a la pieza femenina que tenía frente a sí: ––precisada a responderte, de niña yo también escuché decir, y no quiero que se pongas usted bravo, que para vivir con su abuela, solo había que guiñarle un ojo, y en el acto se quitaba la capita que tenía en el cuello, la tendía en el suelo y con voluntad sobrada se desnudaba sobre esta, para que los hombres vivieran con ella y por eso es, que a toda tu familia le dicen los “capita” ––.

Tras certera respuesta, el visitante se largó más serio que una tusa y sin decir adiós. Y así, desde aquel entonces el nuevo despectivo “can can” se encargaría de nominar la familia Rivera y el sustantivo “capita” a la familia Martín.

Hasta donde sé, “el Chino can can” nació en el seno de una familia pobre y no tuvo la posibilidad de asistir a la escuela, y según se dice, no sabía ni poner el nombre. Trabajó desde pequeño en el campo hasta que fue un mocetón y consiguió colocarse en la casa del apoderado Juan Jiménez allá por La Sierra. El muchacho dormía en una columbina que le ponían en la cocina.

Y ocurrió, que cada noche de luna llena, las griterías del muchacho despertaban al dueño de la casa con el argumento de que veía la aparición de un hombre vestido de blanco con el ofrecimiento de una mina. Al repetirse con tanta frecuencia aquello de las visiones confesas por el muchacho, Juan le propuso cambiarle el dormitorio pensando que “el Chino” lo que tenía era miedo, mas, el cambiarlo a otro lugar no fue la solución de aquella tragedia.

Una noche, la aparición se le presentó a Juan y le dijo:

––Yo soy José Rivera de la Hoz, bisabuelo del joven empleado en su casa. Y escúcheme bien, mucho tuve que trabajar para ahorrar ese oro que le ofrezco al mocetón que usted tiene en su casa, gesto que agradezco mucho. Voy a confiar en usted para que le ayude a sacar el dinero que le he ofrecido al muchacho, pero escúcheme bien, el pago de su servicio estará a la merced del joven ––

Y enfatizó:

––Pero tenga mucho cuidado con hacerle una jugarreta, podría costarle caro ––

Juan no podía creer lo que estaba viendo, y casi sin poder hablar y con los pelos parados de punta, le contestó entre dientes:

––Pierda usted cuidado señor, cumpliré mi palabra al pie de la letra y haré lo que usted me pida ––

Llegó el día señalado y con él, el espíritu, quien dio detalles del lugar y precisó:

–––Mañana tendrán que sacar la mina, y la hora justa será las tres de la madrugada y no quiero una bribonada ––

En un puro temblor Juan despertó al muchacho y siguiendo las instrucciones dadas, cogieron por el trillo indicado al fondo de su casa. Debían cruzar sobre una palma real que había acostada como puente en el Río Guacamaya, hasta llegar a la pata de la sierra de igual nombre.

La noche no pudo ser más oscura y tranquila, no se veían ni las manos, ni se movía una hoja. Solo el croar de los sapos, el cántico de grillos y lechuzas eran perceptibles. De *ran pan pan*, una fuerte ventolera apagó los hachos de tea que tenían como luminarias y desde lo alto de uno de aquellos mogotes se escuchó una voz que dijo:

––Recuerden que la hora justa es a las tres ––.

El chico tembló y Juan tuvo la intención de virar, mas, un fuerte pescozón proveniente de una tercera presencia, lo hizo enderezar el trillo.

En la pata de la sierra una luz hizo de la noche el día. El aparecido ultimaba detalles:

––Suban por ese paredón y a la altura de una palma, encontrarán una solapa que tiene un ceibón macho en cada costado, y si se fijan bien, al fondo del socavón hay una laja de piedra la cual tiene como tapa mi ofrecimiento ––

Y agregó:

 ––He cumplido mi encomienda, al fin podré descansar en paz y a usted señor, más le vale que cumpla con la suya, de lo contrario, tiempo no tendrá para arrepentirse ––

Sin decir más desapareció.

Con gran esfuerzo quitaron la piedra y sin tener que escarbar mucho encontraron tres botijas repletitas de monedas de oro. Tan pronto como pudo, “el Chino”, colocó dos de ellas en su saco y una en el saco de Juan y dijo:

––Mire Juan, en agradecimiento por haberme empleado en su casa, le ofrezco esta botija, que es la tercera parte de la fortuna que he recibido, y mucho más de lo que usted me ha pagado en los largos años que he trabajo en su casa ––.

Juan hizo un ademán de conformidad con los hombros, pues todavía el pánico le robaba el alma. Con premura tomaron el trillo de regreso a casa, debían llegar antes del amanecer para no romper con el secreto, que era un pacto con el muerto.

Con el consentimiento de Juan a la noche siguiente, “el Chino” ensilló un mulo que Juan le había regalado en agradecimiento por la botija y regresó para La Playa de Verracos, su lugar de origen.

“El Chino” que desde muy pequeño sentís afición por la crianza de ganado, decidió comprar una finca y un lote de reses para ceba, con la fortuna que ahora poseía. El negocio fue prosperando tanto, que en unos años, se convirtió en unos de los ganaderos más ricos e importantes de la región.

Llegó a conocer muy bien el arte de la crianza de reses, del cultivo de los pastos y el cercado de potreros, además, de sufrir el rigor de las garrapatas y soportar sobre sí la mierda de vaca como un algo cotidiano. Inmensamente rico, siempre andaba andrajoso sin importarle su apariencia. Los monteros que realizaban transacciones junto a él, se abochornaban por su mal vestir.

En ocasión de la compra de un lote de toretes al hacendado Pedro Blanco, dueño de la finca El Rosario, “el Chino can can” se presentó en la casa del ganadero y su mal aspecto fue suficiente para imaginar que aquel hombre sería incapaz de realizar tan grande negocio. Pedro Blanco que no le conocía le dijo:

––Mire señor, lamento mucho que usted haya venido de tan lejos, pero ya el negocio no va. En realidad, no puedo convocar a los monteros para venderle tan solo unas pocas cabezas de ganado, que será malamente lo que usted podrá pagar ––

El chino se echó a reír y le dijo:

–– ¿Cuántos añojos dice usted que tiene a mano en las corraletas con el interés de vender? ––

Con la intención de salirse del comprador Pedro le respondió:

––En las corraletas tengo como trescientos añojos, a cien pesos por cada cabeza y con la condición de que hay que comprarlas todas. De seguro usted no tendrá suficiente dinero para poderlas pagar al contado ––

El chino carcajeó otra vez y al instante argumentó:

––No se habla más, el ganado es mío y la paga está oyendo la conversación, es una pena que sean tan pocas, porque yo venía con la intención de poder comprar un lote de más de quinientas, pero me llevo las que usted me ofrece, porque nunca me ha gustado regresar a casa con las manos vacías ––

A lo que añadió:

 –– ¿Cómo quiere que le pague su dinero en oro, plata, peso cubano o dinero americano? ––

El hombre se quedó con la boca abierta, no podía creer lo que escuchaba. Para cerrar el negocio “can can” pidió permiso y le ordenó a sus monteros que fueran hasta su jaca y trajeran un par de alforjas de cuero repletas de dinero, las cuales dejaron a Pedro estupefacto.

––Amigo mío, las apariencias engañan –– dijo “El Chino” y se marchó sonriente.

Una mañana de paso por el chalé de Eduardo Montalvo otro de los grandes hacendados de aquella época, “el Chino can can” fue invitado al café mañanero, típica costumbre que ha perdurado hasta nuestros días. Se bajó de la yegua galana y acompañado de sus monteros llegó al portal de la vieja casona.

––Siéntense, mi abuela decía que para su buen deleite, el café se tomaba sentado ––

Le dijo Montalvo que aún vestía aquellas camisetas perro de color blanco, prenda característica que usaban los que más dinero tenían en aquella época. “Can can” mostrando premura decidió permanecer de pie y Montalvo no insistió, conocía sus resabios. Enseguida, le preguntó:

––¿Qué te trae por aquí tan temprano? con el dinero que tú tienes, hoy domingo debieras estar durmiendo la mañana, total, para que tanto trabajar, de todas formas para la miserable vida que llevas ––

Y en tono burlesco continuó riéndose a carcajadas frente a la cara del chino.

“Can can” lo miró de reojos, con las malas pulgas que lo caracterizaba y casi gruñendo, le dio detalles de un lote de doscientos añojos que iba a comprarle a un ganadero por Punta de la Sierra, en la región de Güane y que Eduardo conocía como la palma de su mano. Después de escuchar tamaña locura, Montalvo se echó a reír y le dijo:

––Tú estás loco hombre, tu sabes lo que significa mandarse hasta los Remates de Güane montado en esa yegua flaca ––

Riéndose le dijo:

––Eso te pasa por tacaño ––

Y apuntando para el Jeep lo incitó a comprarse uno. La respuesta de “el Chino” no se hizo esperar:

––No tengo dinero ––.

Agradeció el café y se fue sin querer escuchar más.

Ese día y después de almuerzo, Montalvo arrancó el Jeep y se fue hasta Punta de la Sierra, anticipándose al chino compró el lote de reses de las que este le había hablado el día anterior y regresó a casa sin darle explicaciones a nadie de lo que había hecho. Los ricos son así, creativos, ventajosos y poco comunicativos.

Después de dos largas jornadas y todo sahornado llegaba “El Chino” finalmente a Punta de la Sierra y recibió del ganadero la mala noticia de que había vendido las reses el día anterior. El chino se encolerizó, pero la perreta mayor, fue cuando supo que detrás de todo aquello estaba Montalvo. –– ¡Te lleve el diablo! –– refunfuñó, pero sin otro remedio regresó a casa, esta vez con las manos vacías.

De regreso a La Playa de Verracos, era obligatoria la visita de “el Chino” a la casa de Montalvo, para descargar la rabia causada por la trampa de este. Tuvo la suerte de encontrárselo en el portal y sin bajarse del caballo comenzó con la ofensiva verborrea. Eduardo, fríamente lo invitó a desmontar, y le ofreció agua fresca y café.

––Ofrecimiento que venga de ti, tendría que pensarlo muy bien, ahora mismo podría imaginar que podrías envenenarme con la taza de café. Lo que tú me hiciste no se le hace a nadie y mucho menos a un amigo, usted no tiene más amigo que el dinero Montalvo –– Respondió con soberbia “el Chino”.

––No me culpes a mí, sino a los avances ––dijo Montalvo y apuntando para el Jeep continuó diciendo:

––Hombre, muchas veces te he dicho y hace unos días te repetí, que te compraras un Jeep, que tanta falta te hace. Mira, ahora mismo yo estoy descansado aquí como puedes ver, con el negocio cerrado de las reses que tu pretendías comprar y mi caballo de cuatro gomas, que allí lo puedes ver, está descansadito y pidiendo carretera. Sin embargo, tú estás muerto de cansancio, no pudiste comprar los toretes, y tu yegua está dando un kilo por un cagüaso. No seas tacaño hombre y acaba de comprarte un Jeep ––.

“El Chino” escuchó los argumentos de Montalvo y se bajó del caballo echándole mano a un taburete que recostó a unos de los horcones del lujoso chalé del terrateniente, pero bien apartado del dueño de la casa. Todavía con cara de pocos amigos, insistiría en comprarle a Montalvo aquel lote de reses, sabiendo con certeza que en corto plazo, el ganado que ahora estaba en las manos de Montalvo, podía retribuirle cuantiosas ganancias. Una vez acomodado, con acento pausado en el habla, pero seguro del capital que poseía, le propuso a Montalvo veinte pesos de ganancia por cada cabeza.

Montalvo meditó y haciéndose el interesante con los cálculos realizados le dijo:

––Tu oferta es tentadora, estaríamos hablando de dos mil pesos de ganancias de una mano pa'la otra. Acepto, pero solo con una condición ––

Sin saber cuál podría ser la proposición, “el Chino” se levantó en peso del taburete y con voz de rabia dijo:

––Es el colmo, te me adelantaste con mala idea y me rompiste el negocio, ahora te doy ganancias y además me pones condiciones, pero, ¿Qué se ha creído usted? ––

––Tranquilo hombre, tranquilo, aún no conoces cuáles son mis intenciones –– le contestó Montalvo y le explicó que se lo vendería, pero tendría que comprarse un Jeep con los dos mil pesos de ganancias.

Al escuchar el argumento, al “Chino” que no le gustaba perder ni a las chinatas, pensó haberle sacado partido al negocio y aceptó el ofrecimiento sin meditar. Aquella lección le sirvió para que al día siguiente Montalvo le acompañara a Vueltabajo, a comprarse un Jeep Willy del año cincuenta y dos.

El “Chino can can” llegó a ser propietario de cinco fincas nombradas: Berracos, La Esperanza, El Morrillo, El Burén y El Imposible, con una cantidad de 172 caballerías de tierra. Fue dueño además de una jaula International para acarrear ganado y otra Chevrolet, además de un Jeep Willy y una máquina Ford.

El burgo cuenta, que “el Chino” ayudó en la recaudación de fondos para el Movimiento 26-7 y que después del triunfo de la Revolución, ayudó de igual modo a los alzados, por lo que fue encausado y sufrió prisión. Al concluir la condena se marchó al exilio. Y paradójicamente, aquel rico terrateniente y ganadero, se convirtió en un portero asalariado de un hospital en Miami hasta su jubilación. ¿Irónico no?

*Como de la noche al día*

*el palo cambió pa rumba,*

*salió un muerto de la tumba*

*y dio al chino profecía.*

*Aquella mina lo haría*

*un poderoso hacendado,*

*y aunque fue un descabellado*

*a pesar de su dinero,*

*ostentaba un pordiosero*

*to cagao por el ganado.*

**Don Pancho, Quintín, Maceo**

Aquel 12 de enero de 1896, llegaron las tropas mambisas a Consolación del Norte y acamparon en La Ceja, una de las fincas colindantes en la parte norte del poblado. Al conocer de su presencia e intenciones, las autoridades del pueblo enviaron a Faustina Fuentes Cruz, esposa de Antolín del Collado y Polier, teniente del Cuerpo de Voluntarios, a entrevistarse con el jefe de la tropa para pedirle que no atacara el poblado.

 Acompañada de dos niños, la señora llegó al campamento y solicitó entrevistarse con el jefe de la tropa, en breve, su solicitud tuvo respuesta. Le hicieron pasar y en una rústica tienda de lona le esperaba un fornido mulato, de talla inmensa y de elegante vestir. El mambí de talla doble, amablemente le ofreció asiento y se presentó:

––Yo soy Antonio Maceo, el jefe de la tropa ––

Y preguntó:

––¿A que le debo el honor de su visita señora? ––

––Yo soy Faustina señor, esposa del teniente del Cuerpo de Voluntarios del poblado, y vengo en nombre de las autoridades con la intención de entregar una considerable suma de dinero en oro y un cheque con igual cantidad, que usted deberá cobrar en La Habana. Nuestro ofrecimiento es para que no ataque el poblado, y… no lo vea como un soborno; si usted ataca el pueblo con su tropa, se perderán muchas vidas inocentes como las de estos niños que me acompañan ––.

Maceo le solicitó unos minutos de espera y ordenó a la escolta que le dieran café a Faustina y golosinas a los niños. Luego de esta orden, salió a entrevistarse con el resto de los altos oficiales de su Estado Mayor.

De regreso y retomando el improvisado asiento, el general dijo en tono gentil:

––Disculpe usted si le hice esperar, pero he debido que consultar su propuesta con el resto de mi oficialidad y hemos llegado al consenso de aceptarla, necesitamos ese efectivo para comprar armas y provisiones para la tropa –– aseveró ––informe usted a las autoridades del pueblo, que a partir de este momento mis tropas no significan una amenaza para ellos, y que mañana al amanecer continuamos viaje hacia el occidente –– y ordenó a dos de sus escoltas que acompañaran a la mujer con los niños de regreso, hasta la periferia del pueblo.

 Sobre este acontecimiento José Miró Argenter recoge en sus *Crónicas de la guerra*, el siguiente pasaje: “(…)Pero al dar vista a la localidad, con el propósito de romper hostilidades, se apareció una mujer con dos niños en el Cuartel General, pidiendo y suplicando, con la elocuencia de la aflicción, que no acometiéramos la operación del asalto, a fin de evitar escenas sangrientas de represalias, de las cuales serían víctimas los mismos españoles de la localidad. La desolada dama era esposa del jefe de los voluntarios Don Antolín del Collado Pollier (…)”

Al día siguiente Maceo dio órdenes a Don Perfecto Lacoste de regresar a La Habana a cobrar el cheque y le dio órdenes de que una vez cobrado el cheque, girara el efectivo a la Delegación de Partido Revolucionario.

La columna invasora levanta el campamento de Ceja de Aradores el 13 de enero por la mañana, tomando rumbo oeste. Dejan el camino entre la Playa Berracos y el Rosario y toman rumbo sur, cruzando la cordillera por Mina de la Constancia, y acampa ese mismo día en Laguna de Piedra. El día 14 de enero cambian otra vez el rumbo y toman hacia el este, entrando otra vez en territorio del término Municipal de Consolación del Norte acampando en Caiguanabo. La estancia en aquel lugar es aprovechada por el coronel Pedro Vargas Sotomayor para entrenar a los nuevos combatientes. El día 15 de enero, parten rumbo al sur, acampando cerca del poblado de Pilotos, para seguir luego su ruta con destino a Mantua, donde llega el 22 de ese mes.

Continuando al occidente, Maceo llega a Mantua, donde termina en nuestra historia el capítulo de la “Invasión”. Aquí comienza otra verdadera epopeya de las fuerzas cubanas, la que se conoce en la historiografía como “Campaña de Occidente”.

Al regreso de Mantua, con la intención de encontrarse con Gómez quien se hallaba combatiendo en el centro del país, Maceo recibe en su columna a Don Perfecto Lacoste quien le informó:

––General, la gente de aquel pueblucho de La Palma se rieron de nosotros, el cheque era falso y fue declarado como acción filibustera ––

Maceo sintió ira, mas no fue confesa en su rostro y contestó:

––En efecto, resulta lamentable lo que me cuentas, pero todo a su debido tiempo –– y aseguró en tono firme:

––El que la hace la paga y quien ríe último, ríe mejor ––

**Noche del asalto**

Desde ese paso de la invasión en enero del noventa y seis, las autoridades militares de La Palma, decidieron fortificar el poblado. Se construyeron líneas defensivas dentro y fuera del pueblo compuestas por cercas y zanjas. Se construyeron cinco fortines en las entradas; de ellos, tres se situaron al norte, uno al oeste y otro al sur, las esquinas estaban protegidas por tambores de tiro y barricadas, y la iglesia fue fortificada con trincheras y alambradas. A esto se sumaba, la fortificación del Cuartel de la Guardia Civil.

Al llegar las fuerzas insurrectas la noche del 29 de Marzo de 1896, a las cercanías del pueblo, procedentes de El Caimito, se encuentran con una plaza fortificada. El pueblo contaba para su defensa con la tropa de línea al mando del capitán Bernardino del Pozo y Clemente. La guarnición se componía de 75 hombres de fuerzas regulares, pertenecientes al Regimiento de Infantería de Valencia; 230 guerrilleros y 380 voluntarios, para sumar un total de 685 efectivos, además de 141 hombres de la guarnición de Río Blanco, que llevaba la cifra a un total de 826 hombres sobre las armas.

Las fuerzas cubanas estaban compuestas por Infantería Oriental, al mando del general Quintín Banderas, dos escuadrones de Pinar del Río, un escuadrón de Cienfuegos al mando del coronel José Camacho; la escolta del Cuartel General y el Estado Mayor, además, de las fuerzas del Coronel Pedro Vargas Sotomayor, y la columna del teniente coronel Carlos Socarrás; por lo que se estima que tomaron parte en el asalto fuerzas constituidas por un aproximado de 1300 a 1500 mambises.

El general Maceo tenía el objetivo de castigar y escarmentar a los habitantes de La Palma por el incumplimiento de lo pactado el 12 de enero de aquel mismo año.

Ubicó el Cuartel General en una altura cercana al sur del poblado (Loma de la Yaya). En el Estado Mayor fue emplazada una pieza de artillería, de madera, por el coronel Pedro Vargas Sotomayor, y Maceo dividió la fuerza en dos columnas, una bajo las órdenes de Quintín Banderas y la otra bajo las órdenes de Vidal Ducasse.

Una columna bajó, y entra a la población por los fortines de la parte sur, sin resistencia, la otra lo hizo por el río, de sur a norte, y salió directamente a la calle Real.

Los cubanos llegaron a la plaza situada en mismo centro del poblado sin ninguna resistencia, y creyeron haber tomado el pueblo por sorpresa, pero muy pronto comprendieron su error al descorrerse el velo del verdadero infierno que los esperaba en La Palma.

Al respecto apunta el Jefe del Estado Mayor de Antonio Maceo, José Miró Argenter, en sus *Crónicas de la Guerra*:

Se sabía que la guarnición, compuesta de tropa regular y voluntarios, iba a defenderse con tenacidad, y que contaba con buenos reductos en el centro de la Villa… iniciado el ataque por nuestra infantería, esta venció fácilmente los primeros obstáculos… sin haber recibido un solo balazo. Creíamos ganado el baluarte por pocos minutos comenzó el tiroteo de los defensores y se descarrió el telón del horrible escenario.

Las llamaradas de algunos edificios anunciaban claramente que nuestras tropas se hallaban en posesión de una parte del caserío…Maceo, queriendo afirmar la victoria, (hizo) disparar una pieza de artillería contra las tapias de la iglesia arreció el tiroteo desde la iglesia y conjuntamente de todos los tambores de todas las ventanas de todos los cobertizos salió plomo a granel y bien dirigido. Empezó desde aquel momentos la confusión y el desorden porque de súbito los asaltantes se vieron ofendidos por un fuego mortífero que no daba lugar ala réplica nuestra gente estaba poco menor que acorralada.

El fuego de fusilería cobró… entonces mayor incremento las descargas atronaban el espacio. El incendio del caserío en vez de favorecer perjudicó a los insurrectos, puesto que la claridad de las llamas alumbraban de lleno todo el espacio que ocupaban y eran víctimas de los fusilazos que vomitaban los españoles bien apostados y libres de estorbos. Solo un grupo insurrecto avanzó con resolución por entre las líneas de fuego y empeño refriega personal con algunos voluntarios que peleaban al descubierto…Hasta las mujeres hicieron cara a los mambises rivalizando con los milicianos. Un soldado de la escolta de Maceo hubo de liarse con una mujer que le hizo tres disparos de revolver este pasaje se desarrolló en los umbrales de una bodega. Aquella espartana defendía el mostrador.

La situación se hizo muy crítica para los nuestros. Hubieron de retroceder por el mismo lugar de la entrada, abriéndose paso a tiro limpio, y arrastrando el fuego convergente de la guarnición, la que redobló ímpetu… Convencido Maceo de que serían infructuosos todos los esfuerzos que pudieran realizarse, ordenó la retirada hacia el campamento de “El Caimito”. Marcha lenta y penosa, con un largo convoy de heridos, algunos de ellos muy graves y dominado el espíritu por la pesadumbre del desastre. Habíamos dejado en La Palma 39 muertos y conducido 88 heridos.

Miró Argenter llegó a la siguiente conclusión: “El ataque a La Palma fue para nosotros una derrota completa. La jefatura del Ejército Español no se dio cuenta exacta del episodio… como ningún jefe de alta graduación acudió en auxilio de La Palma, no hubo himnos de gloria para aquellos bravos defensores que tanta mella hicieron en las filas insurrectas”.

Aquella misma noche del asalto, Quintín Bandera había hecho prisionero a un grupo de las fuerzas defensoras y los había conducido hasta el puesto de mando. Dentro de ellos figuraba el español Francisco Diañez González Don Pancho. Quintín, enojado por el fracaso insistía en que los detenidos gritaran ¡Viva Cuba Libre! y Pancho en su primer intento dijo:

––Yo soy español, y por eso le digo a usted, ¡Que viva España carijo! –– repitió en varias ocasiones.

 Quintín se sintió ofendido y estuvo a punto de empujarlo.

A la gritería aquella llegó Maceo y preguntó:

––¿Qué sucede aquí, por qué tanta algarabía? ––

––General, este prisionero no quiere gritar ¡Viva Cuba Libre! –– respondió Quintín

 ––¿De dónde es usted señor? –– preguntó Maceo respetuosamente al prisionero

––Yo soy de Fuentespreadas, España General –– respondió Pancho y aseveró en tono firme ––por mi negativa usted podrá matarme señor, pero me resulta nada honorable, humillante e inaceptable por mi honor y condición de español, semejante propuesta ––

Al escuchar su argumento, Maceo no vaciló en dar órdenes precisas: ––desaten a ese hombre y condúzcanlo al poblado, las personas con dignidad, se respetan ––.

En las postrimerías del hecho, Miguel Martínez y Nicolás Peñalver, testigos en aquella ocasión, se encargaron en las noches de tertulias de hacer célebre aquella anécdota sobre el honor de Pancho y el decoro de Maceo, en el más longevo de los bares locales propiedad de Germán Acebal Suero, comerciante de origen español nacido en Ribaduelle. Este bar estaba próximo a la iglesia del poblado.

El gobierno español para desacreditar la valía, honradez, la moral y el decoro de las fuerzas mambisas, hicieron publicar, en los diarios de la época, artículos donde reflejaban que Don Pancho fue hecho prisionero y asesinado la noche del asalto a La Palma, por las tropas de Maceo. Sin embargo, Francisco Diañez González, Don Pancho, falleció en su cama debido a una gangrena senil[[7]](#footnote-8), el 9 de agosto de 1931, a los 90 años.

*Cuando Quintín capturó*

*a Pancho por prisionero,*

*español de cuerpo entero*

*que en buena lid se plantó.*

*Quintín lo subestimó*

*ignoraba su valor,*

*y Maceo mediador*

*hizo lo mejor de sí,*

*con su decoro mambí*

*y Pancho, mostró su honor.*

**El comandante Cruz**

José Antonio Cruz, es orgullo patriótico de nuestra familia a favor de la independencia de Cuba, y el palmero que más rango militar alcanzó (comandante)[[8]](#footnote-9) en las filas insurrectas durante la Guerra del 95, en esta localidad.

El malestar que he sentido por haber sido excluido de propiedades y fortuna por conceptos hereditarios, siempre ha sido uno de mis grandes lamentos, pero como no solo de pan vive el hombre, ¿Quién pudiera robarme el orgullo de contar en mi familia con un comandante del Ejército Libertador?, eso sí que nadie me lo puede arrebatar. ¡Viva Cuba libre!

Mi primo José Antonio Cruz Cruz, se incorporó a la Guerra del 95 aquel 24 de marzo de 1896, y con 25 de sus hombres se alzó en la finca Arroyo Rico, una de sus propiedades, registrado en el Índice Alfabético del Ejército Libertador de Carlos Roloff. Por su arrojo y valentía, Antonio Maceo lo nombró capitán, y posteriormente le otorgó el grado de comandante.

Participó en nueve combates durante la Guerra del 95, entre los que figuraron: Reduán, La Luchana, Verracos, Arroyo Sitio, Tortugas, Ceja de Fuentes, Galalón, Jagua Vieja y La Sierra. Finalizada la guerra fue electo Alcalde del Término Municipal de Consolación del Norte (18 de abril de 1902).

De lo anterior se derivan mis conjeturas querido primo. Para fajarse en nueve combates hay que tener valor y los pantalones bien puestos. Sin embargo, la muchedumbre del poblado especula que a usted no se le vio ni el polvo cuando el paso de Maceo por La Ceja.

Desde el punto de vista familiar, me causa pena y estoy medio acompleja'o porque la gente dice además, que usted fue un come vacas en la manigua y que no le diste la cara a Maceo en el asalto a La Palma. He leído una y otra vez las *Crónicas de la Guerra* de Miró Argenter con la idea de encontrar alguna referencia y no apareces ni allí, ni en los centros espirituales.

Pudieras decirme que estabas en la manigua, pero; ¿dónde, dime dónde? Yo no te enjuicio querido primo, sería incapaz de hacerlo, pero soy de los que piensa que si le hubieras tirado un cabito a Maceo cuando el asalto, la película hubiese tenido un final diferente.

––Lamento mucho sus inquietudes. Estoy seguro que los historiadores, al igual que tú, habrán encontrado en los archivos suficientes pruebas documentales que demuestran que a mí y a nuestra familia le sobró el honor, el valor y el patriotismo, mostrado con creces en la gran cantidad de miembros que ofrendaron sus vidas a favor de la causa independentista y que hoy yacen casi en el olvido, allá en el cementerio mambí del Caimito o Campo de la Revolución, como también se le conocía.

Para tu tranquilidad y la de aquellos incrédulos, si alguien piensa que me escondí, no es justo, fui un hombre que no conoció el miedo. Por disciplina debí acatar las órdenes de Maceo, órdenes precisas de custodiar la prefectura mambisa y proteger además, los heridos que se encontraban en el hospital de sangre en San Pedrano, próximo a El Caimito.

Y si de valor se trata no se olviden ustedes del combate, conocido en la historia como “Combate de Galalón”, el 8 de octubre de 1896 en las lomas de las Catalinas. Estas alturas fue ocupada por la tropa española mediante un golpe de su infantería y caballería. Allí en desventaja de hombres y armamento nos fajamos de tú a tú con División del General Español E-Chagüe. Maceo había movilizado la tropa de Vueltabajo con más 100 hombres que quedaban ilesos de la Brigada de Occidente, entre los que yo figuraba. Y junto a su tropa, mis hombres y yo, después de varios días, les propinamos una contundente derrota a los españoles. En aquel combate fue tan destacada mi actuación que sirvió para que el general Antonio me ascendiera al grado de comandante.

Con respecto a este sensible tema de la guerra, quisiera preguntarte: ¿de qué sirvió tanta sangre derramada y la pérdida de tantas vidas para lograr la independencia que hoy ustedes disfrutan, si somos prácticamente desdeñados? De nada sirve que le hayan puesto mi nombre a una de las calles del pueblo, si mis hazañas casi figuran en el olvido. Si quieres darte cuenta de cuan ignorantes son los que en ella viven, pregúntales si conocen por qué esa calle lleva mi nombre. Estoy seguro que muy pocos lo sabrán. ¿Para qué nos dimos tanto machete con los españoles en el monte para libertar la isla, si hoy la historiografía de Cuba, literalmente, se ha olvidado de nosotros?

Y lo de tildarme come vaca lo dejaré en el tintero, abordar el tema sería herir los sentimientos de muchos y no soy hombre que me caracterizo por ello. Además, no quisiera que nadie me incriminara si hoy carecen de ellas, diciendo que las exterminé cuando la guerra ––.

En efecto comandante, comprendo su lamento pues la hazaña de la cual ustedes fueron protagonistas, ha quedado olvidad. Y aunque yo no sea el responsable de ello, ahora Rolando Sarmiento[[9]](#footnote-10) y yo, para enmendar el daño, investigamos sobre la temática. Según los estudios realizados, nuestra familia figura entre las más prominentes de Cuba en temas libertarios.

Por eso para su tranquilidad mostramos la relación de nuestra legendaria familia (de la Cruz Reyes) la cual ofrendó más de una vida por la libertad de Cuba, y que hoy, en este apartado lugar de la geografía cubana yacen en el cementerio del Caimito[[10]](#footnote-11), desatendido y convertido en un monte firme (tabla 1).

No han sido pocos los esfuerzos realizados por el equipo técnico de nuestro museo para que la sociedad los recuerde como parte de la memoria histórica de esta localidad. Pero no se aflija usted por ello comandante, ya que ustedes no serán ni los primeros, ni los últimos, porque si de olvido se trata, puedes preguntarle al “Cuchi”.

*¡Viva el primo comandante!*

*¡Viva el comandante Cruz!*

*que en la manigua fue luz,*

*y en su columna el de adelante.*

*El jefe que fue un gigante*

*ejemplo y consagración,*

*hoy siente consternación*

*está triste y marginado,*

*pues no ha sido recordado*

*con justa veneración.*

**Médico, pentarca y presidente**

Nacido en Consolación del Norte,[[11]](#footnote-12) el doctor Ramón Grau San Martín, es innegablemente una personalidad histórica. Las reformas dictadas por su gabinete, le valió estar entre lo mejorcito de los gobernantes de la República.

Algunas de las reformas dictadas por su gabinete durante el Gobierno de los Cien días:

-Se estableció la jornada laboral de ocho horas.

-Rebaja de los precios de los artículos de primera necesidad

-Legalización de los sindicatos

-Otorgamiento de la autonomía universitaria

-Establecimiento de un sistema de seguros y retiros para los obreros

-Proyectos de colonización de áreas rurales improductivas y de repartición de tierras a los campesinos que no poseían.

-Rebaja de las tarifas eléctricas a la población hasta un 45, entre otras reformas que beneficiaron a los sectores más humildes de la población.

Del sol, no tan solo debemos ver sus manchas, doctor. Poniendo a un lado mis rencores hereditarios familiares, de los cuales usted fue bien favorecido, diría simplemente, que siento respeto y admiración por su trayectoria a favor de la República aunque algunos no lo consideren así. Y por supuesto, como yo vivo en un país libre, me acojo a aquella célebre frase del Ché que dice: “*Todo hombre tiene el derecho a expresar lo que siente*”.

Muchos cubanos desconocen que usted declaró el monto de su herencia antes de asumir su período presidencial (1944-1948) y que al culminar este, su fortuna fue inferior al que había declarado, con ello dio muestras de honradez. Significativa resultó además, su permanencia en Cuba hasta el día de su muerte dando muestras de valor y cubanía.

Lo negativo de su gobierno fue darle riendas sueltas a su cuñadita Paulina Alsina, a José Manuel Alemán y a otra serie de camajanes que tenía a su lado. Recordará, que después de haber nombrado a Alemán como Ministro de educación en marzo de 1946, quien organizó el llamado "BAGA" (Bloque Alemán-Grau-Alsina), tuvo usted que pagar los platos rotos, pues esto no fue más que una patraña de Alemán y Alsina para hacer y deshacer, y robar a las anchas.

Hoy sus detractores hacen caso omiso al viejo proverbio vietnamita, no hablar de los ausentes, y le sacan inescrupulosamente las tiras de pellejo. Se agarran de lo primerito que tengan a mano, el ejemplo clásico es el robo del diamante del Capitolio, sin embargo dejan en el tintero el bien que usted pudo haber hecho por Cuba en su carrera política.

––Sus palabras me han dejado atónito Luis, le agradezco sinceramente, y, ¿cómo no habría de hacerlo?, sería una ingratitud de mi parte. Lamento mucho además, su inconformidad sobre la herencia. Le juro por Dios que nada tuve que ver con eso. No voy a negarle que yo pude haber sido beneficiado con algún dinero de lo que bien pudo haber sido suyo. El asunto estriba en que Antolín del Collado Obeso, al no poder tener hijos con su esposa Rita Jacoba de la Cruz Martínez, una de tus tías abuela, declaró a mi madre, María del Pilar San Martín del Collado, su sobrina, como su heredera y aquí la fuga de tu capital, pero te juro por mi madre que yo no soy responsable de ello, incluso, cuando eso pasó, yo ni siquiera había nacido.

Aún pasado tantos años, decir que me quito el sombrero sería una ironía porque nunca lo usé, pero si te ruego mis disculpas, más otra cosa no podría hacer. Fortuna no tengo que ofrecerte, tú bien sabes que en la última etapa de mi vida viví en las ruinas. Y para que te asombres, como otra ironía, a mi entierro asistieron a lo sumo, unas 15 o 20 personas. Yo, un hombre tan popular, fui prácticamente solo al cementerio. Ironías del destino.

Con respecto a mis mandatos. Considero que nada es perfecto y que lograr la simpatía absoluta es poco probable. La inconformidad siempre ha de existir. Ahora con la ayuda de tus reflexiones, me he dado cuenta del daño que hubo a mí alrededor. Como es lógico, en asuntos de política al igual que en el dominó, el que está fuera, siempre ve más que el que está dentro.

Y sobre las especulaciones, yo bien sé que siempre van a existir y hasta mortifican. Pero tengo la tranquilidad y el alto grado de satisfacción que hice cuanto pude para lograr el bienestar del pueblo cubano. En el mundo siempre habrá de todo y como conoces, fui incriminado por el robo del diamante, no te asombres si de un momento a otro te encuentras en la prensa que alguien se robó la luna, o el planeta Marte y me incriminen por ello. Y si te digo eso, es porque yo estoy convencido, de que del árbol caído, todo el mundo quiere hacer hojarascas.

Con tanta charla había olvidado preguntarte por mi anhelado Consolación del Norte. Cuéntame, dime Luis de nuestro terruño y de la vieja casona en La Jíbara donde yo nací. Dime de la próspera colonia de caña y de sus alrededores, además del Niágara, del pueblo y su gente. Sabes, siento añoranza de volver por allá y hacerles una visita aunque ya no fuera de carácter presidencial. Como sabrás, aun siendo presidente siempre les visité y los tuve en cuenta. Hubiese sido un ingrato si no lo hubiese hecho. Siempre quise mucho al pueblo donde nací, desgraciado el ave que se defeca en su nido ––.

¡Volver por Consolación del Norte!, no hombre no, que ni se le ocurra doctor, sería un disparate. Mire, lo que fue Consolación del Norte, ya no lo es, ahora se llama La Palma. De la vieja casona de La Jíbara donde usted nació, nada es igual. La historia recoge que usted la convirtió en escuela en el cuarenta y ocho. Bueno, recuerdos tristes sobre pasadas glorias. De aquel trascendental hecho, solo queda la tarja que hace alusión a ello, y que aún existe porque la guardamos con celos en nuestro museo, al igual que la efigie en bronce de la mascarilla de su rostro.

 Sobre la próspera colonia de caña de su finca ya no queda ni un montón, ahora está sembrado de café, los hermosos muros de piedra que circundaban la casa, fueron derribados y el hermoso chalé donde usted nació, dejó de ser escuela para convertirse en un establecimiento de acopio y ahora el precioso inmueble, dejó de serlo para convertirse en medio básico como se le dice ahora, propiedad de la empresa forestal, por cierto, bastante alterado, lleno de oficinas y talanqueras.

––Me dices que mi casa fue convertida en acopio, no comprendo bien a que te refieres ––.

––Hasta para mí resulta difícil el poder explicarle. Mire doctor, acopio es un lugar o establecimiento donde se almacenaban los productos agrícolas que venían del campo, para después distribuirlos a las placitas y a la población ––.

–– ¿Qué de vocablos tan raros y qué inauditas nominaciones? Ahora me incluyes “placitas”. Según puedo deducir por lo de que venían y almacenaban, infiero que los productos agrícolas ya no vienen, que ya la casa no es acopio y que las placitas ya no existen, ¡cuánto enredo!.

––Ahora su vieja casona se ha convertido en muchas oficinas y dista mucho de lo que fue cuando era escuela. Tuve la experiencia y la satisfacción de ser maestro allí cuando aún conservaba la estructura arquitectónica colonial. Era bonita y el inmueble no estaba alterado, y aunque hemos tenido mucho empeño para lograr la conservación de su casa natal, por los tantos valores arquitectónicos e históricos que tiene, el esfuerzo ha sido en vano, lamentablemente no lo hemos logrado.

En honor a la verdad, bueno o malo, constituye un verdadero privilegio para cualquier pueblo de Cuba, que uno de sus hijos haya sido presidente de la República. Con relación a su casa concluyo con una conocida frase de nuestro José Martí:“*la incultura mata los pueblos” ––*.

––Lo que me cuentas de la casa es lamentable, y no porque yo esté interesado en ella o le vaya a reclamar a nadie, pero en honor a lo justo, eso es una barbaridad. ¿Sabes lo qué significa cerrar una escuela, para abrir un depósito de viandas? ¡Es una barbaridad! Pero cuéntame, cuéntame del Niágara ––.

––Como ave de mal augurio, me ha tocado doctor, la triste misión de contarle cosas que no han sido de su agrado. Le diré que el central Niágara, en la década del sesenta del pasado siglo pasó a llamarse Manuel Sanguily. Y como la más terrible noticia, le cuento que el central Sanguily fue desmantelado y ya no molerá nunca más. De él, solo queda la torre que se erige al cielo, como pidiendo clemencia, e implorándole a Dios, para que no la derriben ––.

 ––¡Qué injuria las cosas que me cuentas! pero bueno, lo de cambiarle el nombre por el de un prócer de las guerras por la independencia es reconocer el patriotismo de Manuel Sanguily en cierto modo, eso me parece muy bien pero, ¿cómo es posible cerrar un fábrica que siempre fue tan eficiente y productiva? Además, siempre proporcionó un notable volumen de empleos a aquellos desvalidos. Y ahora, ¿qué es de aquella gente? y sobretodo, ¿de qué viven los infelices negritos de Dolores, Calienta Rabo y Lanitas? Te aclaro que si he dicho los negritos, no se trata de discriminación racial, lo he dicho con intención afectiva. Y si he pensado en ellos es porque yo sé que la soga siempre ha de quebrar por el lugar más débil, y aunque ahora se aboga por la igualdad de raza, ellos seguirán siendo los menos favorecidos. Me parece estarlos mirando con la miseria al pescuezo, sin zapatos y cazando cangrejos allá por el estero de Los Montañeses para poder subsistir.

Recuerdo que en el período de mi mandato, había en Cuba 162 centrales distribuidos en las seis provincias, y aunque no tengo ni la menor idea de los que puedan quedar, que no deben ser muchos según las cosas que me cuentas, he conocido que nuestra provincia carece totalmente de ellos. A este paso será necesario importar azúcar para endulzar el café.

Mira Luis no quisiera ser descortés, no me digas más, te suplico que no me cuentes sobre el pueblo y su gente. Y aunque las ansias me matan por saber de mi terruño. Con los truenos que han caído como anticipo, pudiera imaginarme que el resto de la historia no sería nada agradable.

No deseo conjeturar malos recuerdos de allí, que para ser justo, no archivo muchos. Me bastan los que tuve con el cura Mocoroa, Alsina y otros de los rufianes que me rodeaban. Los muy camajanes se robaron los fondos de un crédito que le di para la construcción de una bonita parroquia con arquitectura colonial, y lo que construyeron se parece más a una nave para la crianza de pollos blancos, que a una iglesia. Por ello también tuve que *pagar el pato* ante la opinión pública, si porque a través de la historia tuve yo que pagar todos los patos que se comieron y platos que rompieron todos los Rafaeles y Rafaelas de mi gabinete ––.

No todos tienen una mala opinión de su trayectoria, doctor. Analice esta valoración del eminente profesor, historiador y escritor Newton Briones Montoto y se dará cuenta, que sus méritos son innegables, no es menos cierto que errar es de humano, pero ha quedado explícito que usted reconoció los chascos durante su gobernación, pero el burgo olvidó el resto y eso es lo que mortifica, lo comprendo.

Valoración de Newton[[12]](#footnote-13):

Otro libro mío, Esperanzas y Desilusiones, trata sobre el Gobierno de los cien días presidido por Grau. Una de las frases utilizadas sobre el periodo y repetidas hasta nuestros días es que las leyes de aquel gobierno eran solo de Guiteras. A Grau le quitaban todo protagonismo y se lo daban a Guiteras. Citaré un párrafo escrito por Guiteras y el cual hecha por tierra lo argumentado con anterioridad. El artículo de Guiteras, Septembrismo dice:

*Yo tengo la satisfacción de haber llevado a la firma del Presidente Grau los decretos que atacaban más duro al imperialismo yanqui; los vi retroceder, porque acudían a mí Carbó, Lucilo de la Peña, Batista y otros para convencerme de la necesidad de disminuir el ataque, de variar nuestra conducta*.

Si reconocemos la importancia de los decretos enviados por Guiteras, donde utiliza la palabra satisfacción, no podemos negarle a Grau haberlos firmado. Una disquisición sobre el párrafo anterior: lo que me llama la atención sobre esta historia es que todo esto haya pasado por delante de los ojos de otros historiadores y no se hayan hecho pregunta alguna. Yo tengo la satisfacción de haber llevado a la firma del Presidente Grau los decretos que atacaban más duro al imperialismo yanqui. Entonces tuvo razón Nicolás Maquiavelo cuando dijo:

*Porque la comprensión humana es de tres clases: unos disciernen por sí mismos, otros comprenden lo que se les demuestra, y otros no entienden por sí ni por ajena demostración. Los hombres juzgan más por los ojos que por los demás sentidos, y pudiendo ver todos, pocos comprenden bien lo que ven. Todos verán lo que aparentas, poco sabrán lo que eres, y estos pocos no se atreverán a ponerse en contra de la inmensa mayoría. El vulgo se deja guiar por las apariencias y solo juzga por los acontecimientos.*

Como usted pudo ver doctor, Newton tampoco es su detractor, confeso en su magistral valoración. Pero yo pienso y no quisiera equivocarme, que a usted nunca le perdonaron su nivel de parentesco con Antolín del Collado, el peje gordo y enemigo mío, que derrotó a Maceo cuando el asalto al pueblo el 29 de marzo de 1896. Esto de los rencores, son meras conjeturas mías. No olvide usted, que en cuestiones de política, las viejas hostilidades perduran siempre.

*El médico Grau fue*

*íntegro como ese hombre,*

*y escuchar solo nombre*

*ponía a todos de pie.*

*Presidente que con fe*

*desde un plano superior,*

*al pueblo trabajador*

*concedió sus beneficios,*

*y no cejó en sacrificios*

*por ver a Cuba mejor.*

**Pedro Borrás Falcón, un médico de pueblo**

Pedro Borrás Falcón, nació en Manzanillo en 1907. Cursó estudios de Medicina en la Universidad de La Habana, en los primeros años de la década del treinta del pasado siglo. Estudió además, la carrera de Derecho en la década del cincuenta en la Universidad Rafael Morales y González de Pinar del Río y obtuvo la nota de sobresaliente en la asignatura de Derecho Romano en 1953. Era toda una eminencia, hablaba inglés, francés, italiano, chino, vasco y latín. Pedro había contraído nupcias en La Habana con Ana Luisa Astorga, laboratorista de profesión y natural de Jovellanos, Matanzas. Este matrimonio se anidó aquí y como fruto de esta relación, nacieron sus hijos: Magalis, Sonia Rosa, Ana Rosa y Pedro Borrás Astorga, mártir de Playa Girón.

Cuando Borrás llegó a La Palma, Consolación del Norte, en 1938, había pocos médicos en los pueblos de campo y pronto se convertiría en el Dios de los más afligidos. Borrás era un hombre sincero y muy directo en el habla, no le costaba mucho trabajo decir la verdad por dura que fuera. ¡Ah!, si a la persona a la que él le detectara un cáncer, tenía inobjetablemente cáncer, lo escuchaba de su boca, pero aun así, tenía los sentimientos de oro. Así era Borrás.

Era tan buen ser humano y excelente médico, que la gente de este poblado llegó a idolatrarlo. Sus conocimientos eran muy profundos, instaló un laboratorio en el pueblo y conjuntamente con su esposa Ana, realizaban chequeos médicos, hacían placas y enyesaban las fracturas. Eran toda una institución médica para sus tiempos. Hoy los más longevos del pueblo dicen, categóricamente, que Borrás era “medio espiritista”. Así era el médico Borrás.

En 1948, Borrás era el Jefe Local de Salubridad en el pueblo. El 5 de mayo de 1960 se instituyeron las Brigadas de la Cruz Roja en La Palma y Borrás Falcón fue su primer director.

Como persona magnífica y médico excepcional, existen muchas anécdotas:

José Cruz Amador (92 años)

––Recuerdo a Borrás, ese sí que fue un hombre del carajo, pero ¡qué clase de médico Luis!, y lo más lindo, no tenía pelos en la lengua ––enfatizó y continuó diciendo emocionado ––recuerdo que estábamos en la casa de Amparo Báez, en el barrio del *Chivo*, casi llegando al Sitio, pues la hija estaba gravemente enferma. Aquella tarde uno de sus familiares fue en busca del médico Borrás, al pueblo. No tardaron en regresar. El medico entró al cuarto, inyectó a la enferma y estuvo conversando en el portal, todos le escuchábamos atentos, daba gusto hablar con él, por lo que nadie se atrevía a interrumpirlo. Después de pasar un rato y ya casi entre dos luces el médico se despidió y regresó para su casa.

Más o menos a las tres de la madrugada, cuando ya nadie se acordaba de que Borrás existía, se apareció sin esperarlo y después de inyectar a la muchacha dijo:

––Yo sé que del tumor que tiene no podré salvarla, pero estas inyecciones le quitarán el dolor y podrá morir aliviada ––.

En aquel entonces no era como hoy, había que pagarles a los médicos por sus servicios, pero Borrás sabía quién le podía pagar y a aquella pobre familia nunca le cobró por sus servicios. Así era el médico Borrás.

En otra ocasión conversando con mami sobre el médico me dijo:

––Una vez yo estaba en la consulta de Borrás y en mi presencia llegó una recién paría muy alarmada y cuando el médico preguntó el motivo de su visita, la mujer le dijo:

––Mire doctor yo he venido porque el niño tuvo diarreas y le suspendí el pecho ––

Borrás la miró muy molesto, sin dejarla terminar y en tono muy fuerte le preguntó:

––¿Y con qué está alimentando ese inocente, que ahora está rabiando muerto del hambre? La mujer conociendo las malas pulgas del médico le dijo entre dientes:

––Yo le estoy dando agua de arroz y agua de plátano, doctor ––

––Pero, ¿quién carajo le dijo a usted que la leche de la teta le hace daño al niño? No será que usted le niega las tetas al niño, para lucírselas paraditas al cabrón de su marido ––

Y finalizó ordenándole:

––Hágame el favor, bájese la blusa y métele ahora mismo la teta a ese muchacho en la boca, antes que le vaya a dar un ataque ––. Así era el médico Borrás.

Un día, Coco el padre de Charles Pi, uno de mis mejores amigos me contó, que en una ocasión llegaron al ayuntamiento del pueblo unos guajiros muy asustados, vecinos del barrio de*El Chivo*, situado en una de las fincas colindante al poblado, porque habían visto un animal muy raro por aquella región. Alarmadas por la noticia, las autoridades del pueblo prepararon una expedición que incluía al médico Borrás Falcón y partieron a caballos hacia el lomerío.

––Al llegar a aquellos apartados parajes, encontramos un hombre rubio, de ojos claros y de unos seis pies de estatura. Borrás tenía experiencia y mucho conocimiento, y por eso las autoridades siempre le tenían en cuenta para todas las cosas importantes del pueblo. Recuerdo que por aquellos tiempos los americanos estaban en Cuba a darle con la pata, y el médico, que sabía hablar inglés, le saludó estableciendo una amigable conversación –– relata Coco.

––Good morning, how are you?[[13]](#footnote-14)*––*

El foráneo receloso de poder encontrar alguien que hablara inglés en estos recónditos parajes respondió emocionado:

––I am fine, How are you?[[14]](#footnote-15)

Y respondió Borrás:

––I am fine, thank you[[15]](#footnote-16)

––I am the doctor in town, and the local authorities are really worried because your presence here[[16]](#footnote-17)

El visitante sonrió, y dijo:

––Do not worry doctor, I am an American naturalist, and I am studying the endemic vegetation of this region. So, any problem?[[17]](#footnote-18)

Y Borrás finalizó

––No, of course not Sir, we are so sorry to interrupt you, have a good day[[18]](#footnote-19)

––You too doctor[[19]](#footnote-20)––concluyó el americano.

Ultimada la charla con el foráneo, ya el animal no era tan animal, ni parecía tan raro como los guajiros lo habían pintado. Y el médico nos dio una sencilla explicación al resto del equipo acompañante.

––Caballeros, no hay problemas, se trata de un científico naturalista norteamericano que estudia la vegetación endémica de esta zona ––.

Esclarecido todo, Borrás se viró para los guajiros y sin más, le lanzó el inevitable tarrallazo. ––Guajiros carajo, ¡Qué clase de cabalgata por su culpa! Así que un animal raro ¿no? ese hombre es una personalidad, aquí los únicos animales raros que hay son ustedes ––. Así era el médico Borrás.

Ida Acevedo Mirabal, una de las hijas de mi padrino Eduardo, en la Casa de Los Abuelos, aquí en La Palma, me contó que en unas de sus visitas a la consulta de Borrás, presenció una escena que fue para morirse de risa.

––Aquella inolvidable mañana llegamos papá y yo a la consulta del médico Borrás y a pesar que, todo el mundo sabía que Borrás era muy buen médico, era muy claro en el decir y mal habla'o hasta más no poder, pero qué iba a imaginarme yo que un día podría presenciar con mis propios ojos lo que la gente decía sobre el médico.

El caso es que llegó un guajiro, que traía una jaba de saco de yute en la mano. Después de saludar, extrajo un pomo de cristal transparente donde venían aquellos ricos caramelos que le decían cariocas. El asunto es, que a simple vista se podía apreciar un mojón del tamaño de una tuza de maíz. Cuando el médico vio aquello le dijo»:

––Coño guajiro, no hay que exagerar, mi hermano yo le pedí a usted una simple muestra de heces fecales para hacer un análisis, y usted me ha traído toda la mierda que cagó ––

Aquel día por poco largo las tripas, y no tan solo yo, allí en la consulta se rio hasta el gato. Así era el médico Borrás.

Después de reírme tanto por lo contado, con gracia singular, por Ida, y allí mismo en la Casa de Los Abuelos, Ildelina López Junquera, una de mis buenas maestras de la infancia, me contó otra anécdota que también decidí escribir, porque todo lo que viniera de la boca de Borrás era sabiduría mezclado con malas palabras, sarcasmos y ocurrencias.

La maestra me dijo:

––Yo también recuerdo que un día y en similar situación viví una escena con la cual me reí mucho. Estaba allí en la consulta del médico cuando llegó un señor también de apariencia campesina. Después de saludar y solicitar el permiso del médico para entregar el pozuelo que traía en la mano, llegó hasta el buró donde estaba sentado el médico y cuando Borrás lo destapó le dijo:

––Oye guajiro, si usted echó esta plasta de mierda por la boca debe de estar reventa'o, yo le pedí a usted una muestra de esputo animal ––

Le explicó:

––Mira, un esputo es una flema, un gargajo, un escupitajo o para que me entienda mejor…––

Y poniéndose una mano en la boca tosió forzosamente hasta lograr sacar de su interior un pedazo de catarro amarillento el cual depositó en la palma de su mano y se lo mostró al guajiro que frente a él, sin poder evitarlo también se moría de la risa en compañía de los allí presentes. Nunca antes recuerdo haberme reído tanto. Borrás era único ––.

Así era el médico Borrás.

El 20 de abril de 1961, se convertiría en una lamentable fecha para Borrás, el médico de todos. Cuentan que se volvió como loco al recibir la triste noticia de la caída en combate de Pedrito, su único hijo varón, en Playa Girón. A partir de aquel entonces la tristeza embargó su ser y su personalidad se transformó en otra. Unos años después decidió mudarse para La Habana, aunque nunca perdió el amor por nuestro poblado. Sus visitas aunque esporádicas, no cesaron hasta el día en que la muerte nos lo arrancó, para el dolor de todos.

El doctor Pedro Borrás Falcón falleció en La Habana debido a un cáncer bucal y su cadáver fue sepultado en la necrópolis de Colón. Aun pasado tanto tiempo, el pueblo de La Palma le recuerda con cariño, agradecido por su infinita bondad y entrega total. Al médico Borrás en La Palma, quien no le debe un peso, le debe un rezo, y no digo más. ¡Que descanse en paz doctor!

*Médico de pueblo era*

*al enfermo dio asistencia,*

*y con alta inteligencia*

*curó siempre a quien lo viera.*

*Sin reparar tan siquiera*

*ni mostrarse interesado,*

*con jerga de mal hablado*

*y carisma singular,*

*hoy podemos recordar*

*a Borrás en el poblado.*

**Los Morales, toda una empresa**

Por los años veinte del pasado siglo, los hermanos Braulio y Justo Morales Cruz, formaban parte de una ingeniosa familia local. Con conocimientos, empíricos y cursos recibidos a distancia, de colegios con sede en los Estados Unidos, presentaron un proyecto de electrificación del pueblo al ayuntamiento, que para aquella época resultó una idea descabellada. Como en efecto, cuando el alcalde Pedro Fuentes Cruz, leyó la propuesta se puso las manos en la cabeza y dijo:

––Pero estos hombres están locos, ¿Qué será lo que pretenden?, darle candela al pueblo –– y los hizo venir al ayuntamiento.

Al día siguiente, Braulio y su hermano se presentaron ante el alcalde y le explicaron minuciosamente en qué consistía el proyecto. Le dijeron además, que sus ideas generaban el progreso y bienestar para el pueblo y su gente. Con recelos todavía a lo novedoso, el alcalde cedió ante la idea, condicionando a los Morales:

––Está bien, voy a confiar en ustedes, pero si pasara algo, los meto presos y no verán nunca más la luz del sol ––. El designio de este proyecto fue aprobado por el Decreto 1279 de 27 de agosto de 1923.

Los adelantos propuestos por los Morales incluían además de la creación de un sistema de alumbrado y electrificación del poblado, una planta de hielo, un sistema de redes de alcantarillado para canalizar las aguas albañales y un suministro de agua por gravedad desde el Pozo del Cura, hasta su casa. A este sistema se le instaló llaves a intervalos, de las cuales se servían los pobladores próximos al sistema. Este servicio era ofrecido gratuitamente a los vecinos de las zonas aledañas.

Con tantos inventos, los Morales no imaginaron que el día menos pensado, los perros se le podrían meter dentro del tabaco. Dicen que Braulio siguió incursionando con la invención de un raro aparato jamás visto. La idea consistía en una pila de hierros en forma de contrapesos, que empalmados formaban una gigantesca mole que una vez que se impulsaban, mantenía un movimiento infinito, y que en uno de los extremos tenía un generador y un bombillo, el cual alumbraba como la luz del día.

La noticia corrió por toda la comarca y muchas personas fueron a presenciar tamaño invento. Es inimaginable que la sapiencia de un par de hombres de pueblucho pudieran ingeniárselas para sustituir las fuentes de energía hasta el presente conocidas. Tenían que estar locos, pero la locura vino después.

Dicen que a raíz de aquello, muchas de sus amistades, conocedoras de la importancia de aquel raro aparato, le incitaron para que fueran a patentarlo a La Habana.

A tanta insistencia, un buen día los hermanos Morales empaquetaron y partieron hacia la capital con la idea de inscribir y hacer suyo aquel artefacto.

Preguntando se llega a Roma, y así fue que dieron con las oficinas encargadas del asunto. Allá frente a un grupo de personas, todos de cuello y corbata, expusieron la idea y mostraron aquellos garabatos en forma de plano, escritos en un viejo y sucio papel de traza. Fueron escuchados con extrema atención y después de concluida la explicación, le pidieron que esperaran en el lobby.

Unos minutos después se formó tremendo entra y sale en aquella oficina y el ruido de los teléfonos no cesaba. Aquellos vestíbulos se llenaron de gentes raras que hablaban otros idiomas. Los Morales, preocupados por la demora y por aquel ajetreo se miraban entre sí, sin poder comprender lo que estaba pasando.

Transcurrida media hora, uno de aquellos señorones acompañados de dos rubios de más de seis pies de estatura, de ojos claros y con cara de pocos amigos, se presentaron frente a los Morales y en un español poco entendible les dijeron:

––Dejar dirección bien clara, nosotros ir muy pronta por su casa para ver su inventa ––.

Un poco confundidos, a los Morales no les quedó más remedio que regresar a La Palma con el rabo entre las patas, con un sinnúmero de dudas y sin haber patentado el raro aparato.

En el viaje de regreso Braulio no pudo soportar el atragantamiento y le dijo al hermano:

––Yo no puedo comprender, si nosotros fuimos a inscribir una cosa que la hicimos nosotros, ¿Por qué tanta intriga y revolico? y ¿por qué aquellos rubios que a mi juicio eran americanos se metieron de relambíos en el asunto? –– y enfatizó: –– a mí que no me jodan, porque aquellos rubios con la lengua como media enredá, tenían que ser americanos ––.

No habían pasado setenta y dos horas, cuando se parqueó frente a la casa de los Morales un carro negro que encandilaba por su brillo. Para su época aquel lujoso auto fue todo un escándalo atractivo para los vecinos de la cuadra. Se bajaron cuatro rubios, todos de talla extra y de muy elegante vestir. Enfocado el número de la casa, tres de ellos se dirigieron a ella y uno se quedó en la custodia del automóvil.

El ruido de su presencia fue tanto, que apenas tuvieron que tocar, Braulio les esperaba detrás de la puerta.

––pasen, están ustedes en su casa ––dijo.

Uno de los señores, el que parecía más viejo, agradeció en un español muy malo. Los otros permanecieron mudos a las espaldas del primero, con la vista fija en ningún lugar.

––Braulia, vamos a la asunta, queremos ver la aparata de la que usted hablar in Havana –

Braulio les invitó a pasar a una pequeña casita de reguero que tenía en el patio. Allí le explicó el funcionamiento y la puso en movimiento. Cuando los hombres vieron los procedimientos y sus resultantes, se miraron entre si admirados de tamaña creación y uno de ellos le dijo al otro:

––“It is a fantastic making, isn’t it?”[[20]](#footnote-21)*––*

Y el otro respondió:

––Yes it is, but we have to stop it, on the other way, our petrol company will be immerse in a really big problem, and in a minute, we will be as poor as you could not imagine[[21]](#footnote-22)–– aseveró su acompañante.

Los visitantes continuaron conversando entre sí durante varios minutos, Braulio a su lado, continuaba sin saber ni papas de lo que estaban hablando, y aprovechando un intervalo del diálogo foráneo, les preguntó, buscando un elogio o reconocimiento a su invención:

––¿qué les parece mi invento? ––

No había cerrado la boca cuando uno de ellos dijo:

––Mr Braulia, su inveta muy buena, pero tiene que romper ahora misma –– y abrió su capa negra mostrando un arma que portaba prendida a la cintura en gesto amenazador.

––Pero si está bueno, ¿Por qué lo tengo que romper? ––dijo Braulio muy afligido y pesaroso.

––Mr Braulia, yo ser de poca hablar. Tiene que romper la aparata ahora misma ––.

Sin otra opción y casi enjugándose las lágrimas, Braulio comenzó a desmantelar en presencia de aquellos matones, el esfuerzo y la sapiencia invertida durante tantos largos años.

Y fue a partir de aquel entonces que languideció el espíritu creativo de Braulio y el pueblo sufrióel no haber contado con uno de los más novedosos inventos del siglo XIX en esta región, que bien pudo haber contribuido al desarrollo de este apartado poblado y que por ironías de la historia, o por una cojonada de los “Gringos”, no se materializó.

*Morales todo sapiencia*

*y de este pueblo meollo,*

*tributaron desarrollo*

*con su basta inteligencia.*

*Toda una firma de ciencia*

*en el arte de crear,*

*y en su afán de tributar*

*vieron su frustrado intento,*

*y aquel novedoso invento*

*tuvieron que desmembrar.*

**Don Antolín del Collado**

¿Quién le diría a Antolín, que transcurridos ciento setenta y tres años de haber llegado a Cuba, hoy le estaría sacando las tiras de pellejo?, pero después que conocí de buena tinta que él se apoderó de parte de mi herencia, no podría quedarme de brazos cruzados y aunque no resuelva nada, tendré la satisfacción de haberme sacado la espinita.

Antolín nació en una villa en el pueblo de Naves, Asturias, España[[22]](#footnote-23), y como tantos españoles, vino a Cuba con una mano alante y la otra atrás en busca de oro. No creo que un rico se aventurara a renunciar a su familia en busca de fortuna. Para mí, Antolín no era más que un perfecto aventurero.

Llegó a Cuba pues, para desgracia nuestra, uno de los más grandes sin vergüenzas de aquel proceso migratorio colonial. Y por ser un verdadero muerto de hambre, no pudo quedarse en La Habana. En aquella época se asentaban allá los más pudientes.

Hoy las cosas son diferentes, y como dicen que, La Habana es la capital de todos los cubanos, la mayoría trata de meter el pie y emigrar a ella, principalmente los“nagües” quienes la han invadido sobremanera y se han enraizado allí, como la mismísima ceiba, símbolo de tradiciones e ícono del doctor Eusebio Leal.

Sin otra opción, Antolín vino a refugiarse a San Diego de Núñez, un pequeño asentamiento poblacional en la intrincada serranía de Bahía Honda, ya no de Vueltabajo, ni de Pinar del Río, sino Artemisa. Como cambian los tiempos ¿Será para bien?

Allá, en San Diego montó un pequeño comercio, y aprendió el oficio de maestro de azúcar en el ingenio Santa Teresa. ¿Estaría en los planes de un rico aprender semejante labor? Esto reafirma que, Antolín no era más que un simple pobretón.

Con el transcurso del tiempo se mudó a Las Pozas, y allá se estableció, como vendedor ambulante. Hasta aquí, mucho ruido y pocas nueces. Un vendedor ambulante en aquella época, no era más que lo que es hoy un carretillero. Claro, probablemente una libra de tomates, malangas o de frijoles en aquellos tiempos, no tendrían los elevadísimos precios que tienen hoy. ¡Qué barbaridad, a dónde vamos a parar!

De Las Pozas también tuvo que largarse con su mulo de cabresto. En busca del poblado de Caiguanabo llegó a los pinares de Margajitas, el muy pillo divisó en el mar un bergantín que se aproximaba a la costa, en la ensenada de Tortugas, pudieron ser corsarios, piratas o “musimanes”, como se le llamaban a los marinos de aquellos navíos contrabandistas en la etapa colonial.

El muy camaján se escondió en la maleza y espió el movimiento de los hombres y el entierro de unas vasijas de barro, al parecer botijas. Cuando los marinos abandonaron el lugar, le echó garras al botín y vino a parar a Caiguanabo. Esta es solo una parte del origen de la dudosa procedencia de la fortuna de Antolín. Pero, que no tiene que ver con mis reclamos hereditarios originados de su casamiento con Rita Jacoba de la Cruz, hija del “Guengo” mi tatarabuelo. Aquí comenzó el desvío de recursos de mi patrimonio familiar, y lamento de mi inconformidad.

Quisiera preguntarte Antolín, ¿Cómo es que se le llama a quien se apodera lo ajeno? Aunque nadie supo cuánto te embolsillaste con el botín de los piratas, debió ser mucho. Pero lo tuyo no fue más que un robo premeditado. Y mis conjeturas encajan como anillo al dedo con lo que hiciste después. Tú no fuiste más que un ladrón por partida doble, robaste a los “musimanes”, y también te apoderaste de mi dinero.

A lo mejor te acogiste al célebre refrán: ladrón que roba a ladrón, tiene cien años de perdón. Por eso pasados los cien años que estipula el refrán, ahora yo te condeno bribón.

––Basta Luis, he tenido que asumir todas mis cuotas de culpas por tus tantas acusaciones. Con relación al dinero de los piratas, dime, si eres franco como insinúas ¿Qué tú hubieses hecho en mi lugar? A fin de cuentas, el botín era el producto de robos y saqueos de aquellos marinos a los que no conocía y no tenía el por qué guardarles consideración ––.

––No voy a negarte que después de tu explicación, con el botín de los piratas a lo mejor yo hubiese hecho lo mismo, de todas formas el botín es el resultado de saqueo, como también no dejo de comprender que tú se lo robaste. Si te hace feliz, ya tienes mi respuesta franca. Pero dime, ¿cómo justificas el haberte apoderado de mi herencia, o es que ya se te olvidó? ––

––La vida es como es ––me respondió Antolín y continuó diciéndome: ––al que Dios se la dio, San Pedro se lo bendiga. En mi lugar hubieses hecho lo mismo. Fuiste confeso con lo del robo del botín de los marinos, pero tus lamentos por la herencia ya no sirven de nada, simplemente me tocó joderte. Así que jódete o vete a la “puñeta” Si tú hubieses sido yo, también me hubieras jodido por partida doble ––.

­­­­­­­­Mira camaján, esta riña me ha llevado al borde de la hipertensión. Puedes nombrarte dichoso que no conozco La Habana, ni siquiera se dónde está el cementerio Colón, pero si algún día encuentro el modo, con mucho gusto iré hasta allí, con la única intención de cagarme en tu tumba degenera'o.

*Antolín, viejo cabrón*

*¿Qué viento te trajo acá?,*

*debiste quedarte allá*

*malo, zorro, manganzón.*

*Eres una exhalación*

*de putrefacto y de malo,*

*si pudiera darte un palo*

*con mucho gusto lo haría,*

*no, yo mejor te lanzaría.*

*pa la boca de un escualo*

1. Este testimonio fue primer premio en el Evento Provincial de Talleres Literarios efectuado en la Playa de Bailen, Pinar del Río, en el 2017. [↑](#footnote-ref-2)
2. Este testimonio fue primer premio en el Evento Municipal de Talleres Literarios efectuado en La Palma, 22 de junio de 2018. [↑](#footnote-ref-3)
3. Gerardo Machado y Morales (1871-1939), político cubano, presidente de la República (1925-1933). Sirvió como general durante la Guerra de Independencia cubana (1895-1898) contra el dominio español. [↑](#footnote-ref-4)
4. CAME, acrónimos de los nombres con que se tradujo al inglés (*Council for Mutual Economic Assistance*) o al español (Consejo de Ayuda Mutua Económica) un organismo interestatal con sede en Moscú, fundado en enero de 1949 para ayudar y coordinar el desarrollo económico de sus países miembros, pertenecientes al bloque comunista, durante los inicios de la Guerra fría. [↑](#footnote-ref-5)
5. Emblemático macizo montañoso que adorna nuestra hermosa geografía, caracterizado por su inigualable belleza, conocido también, como La llave Inglesa. Esta gigantesca mole sirve de referencia a los marineros que navegan en los mares al norte del territorio. [↑](#footnote-ref-6)
6. Historia local inédita [↑](#footnote-ref-7)
7. Tomo 14 Folio 82 Nº 82 Defunciones Registro Civil de Consolación del Norte [↑](#footnote-ref-8)
8. Índice Alfabético del Ejército Libertador, de Carlos Roloff en su página 204 [↑](#footnote-ref-9)
9. Historiador, nacido en La Palma, trabaja en el Museo del municipio homónimo. [↑](#footnote-ref-10)
10. En las defunciones del Registro Civil de Consolación del Norte, al referirse al lugar donde fueron sepultados estas personas, hace referencia al Campamento Mambí del Caimito o Campo de la Revolución, como el mismo lugar. [↑](#footnote-ref-11)
11. Libro 1 de Bautismos Folio 260 Nº 1033 Iglesia Nuestra Señora del Rosario, La Palma. [↑](#footnote-ref-12)
12. Fragmento tomado de la conferencia, Grau/Chibás, impartida en la Biblioteca Nacional José Martí el miércoles, 20 de noviembre de 2015, por el eminente profesor, investigador y escritor Newton Briones Montoto. Nota del autor [↑](#footnote-ref-13)
13. *Buenos días, ¿Cómo está?* [↑](#footnote-ref-14)
14. *Estoy bien, ¿Y usted?* [↑](#footnote-ref-15)
15. *Estoy bien, gracias* [↑](#footnote-ref-16)
16. *Soy el médico del pueblo, y las autoridades locales están muy preocupadas por su presencia aquí* [↑](#footnote-ref-17)
17. *No se preocupe doctor, soy un naturalista americano y estoy estudiando la vegetación endémica de esta región, luego entonces, ¿Algún problema?* [↑](#footnote-ref-18)
18. *No*, *por supuesto que no señor, lamentamos mucho haberlo interrumpido. Que tenga usted buen día* [↑](#footnote-ref-19)
19. *Y ustedes también* [↑](#footnote-ref-20)
20. *Es una creación fantástica, ¿no es así?* [↑](#footnote-ref-21)
21. *Si lo es, pero tenemos que detenerla, de lo contrario nuestra compañía petrolera se verá inmersa en un gran problema y en un minuto seremos tan pobres, como no puedes imaginarlo.* [↑](#footnote-ref-22)
22. Libro 2 Matrimonios Iglesia de Las Pozas [↑](#footnote-ref-23)